

**VINCULO DE AMOR**

**COMENTARIO TEOLOGICO  
AL  
LEMA  
DEL  
XXXIX CONGRESO  
EUCARISTICO  
INTERNACIONAL**



# VINCULO DE AMOR

COMISION TEOLOGICA DEL CEI

## INTRODUCCION

**Vínculo de Amor:** lema del Congreso Eucarístico. Estas palabras ofrecen en síntesis una visión del mundo como Dios lo quiere y señalan la meta precisa del Congreso: comprender esa visión de Dios sobre la humanidad; vivir ese vínculo de amor que une tanto a Dios con sus criaturas, como a los hombres entre sí por la mediación de Cristo, realizada en la historia y perennizada en el tiempo por la Eucaristía.

Al hablar de Dios y del hombre, se hace referencia al hombre eterno, al hombre de ayer y de hoy, tal como la Iglesia lo ha presentado últimamente con marcada insistencia, hombre que en medio de su drama personal aspira, por vocación de Dios, al Infinito (1). Antropología cristiana que parte de la creación del hombre a imagen de Dios y lo constituye depositario del misterio de Cristo Redentor, clave, a su vez, de toda doctrina sobre el hombre.

A impulso del amor creó Dios el mundo y lo ofreció generosamente al hombre. Quiso al mismo tiempo estar cerca de éste, dándole la capacidad de amar y brindándole su propia amistad. El amor experimentado en el fondo de toda existencia, no es otra cosa que la comunicación de Dios mismo, quien corona su obra con la donación de su misma vida, de su gracia divinizante, ofrecida a todos como luz y promesa de vida eterna. Este plan de Dios es natural y sobrenatural a la vez en armonía perfecta; naturaleza y gracia, esencialmente distintas, se hallan existencialmente unidas en el hombre, cuyo origen, vocación y destino se encuentran en Dios. Solo quien conoce adecuadamente estos valores, posee una inteligencia del plan de Dios; solo quien los vive a fondo llega a ser perfectamente hombre, según el plan divino: hijo de Dios.

En la creación, Dios no atiende tan solo a la relación individual del hombre con su Creador. Nos creó para hacer de nosotros sus hijos y su pueblo y obtener el que todos estuviéramos unidos por vínculos más pro-

fundos que la sangre o la raza. Ese destino que manifiesta claramente la comunicación de Dios al hombre, aceptada por éste con fe, esperanza y amor, forma la trama de una historia de salvación.

La creciente manifestación de la condescendencia divina en la historia, es un **vínculo de amor** cada vez más estrecho y al mismo tiempo más universal: reciprocidad de amor entre Dios y los hombres y unión con los demás hombres, hermanos en Dios.

Todo el plan de la creación, iniciativa amorosa del Padre, tenía desde sus comienzos una orientación a Cristo como don máximo del Padre al mundo y como plenitud de su comunicación con los hombres. Así el proceso de salvación encuentra en Cristo su vértice histórico y su meta insuperable. Cristo es el don salvífico por excelencia y, como tal, el autor de nuestra redención. Como Hombre Dios se sitúa en el centro mismo de la humanidad divinizada. A El busca el hombre sin saberlo, cuando se formula sinceramente la pregunta definitiva sobre su propia existencia. En Cristo la comunicación de Dios al hombre y la aceptación de ésta por parte del hombre han llegado a ser, por designio divino, una unidad existencial. De ahí que en Cristo se encuentra el hombre no solo como pregunta dirigida a Dios, sino como respuesta de Dios mismo, por ser Jesús su manifestación.

Jesucristo, por otra parte, en cuanto epifanía de la gracia se constituye en el sacramento por excelencia, el Sacramento Original de Salvación, destinado a ser el único camino hacia Dios.

El realismo de la encarnación, de la redención y de la presencia salvadora de Cristo en la historia del hombre ayuda a comprender el lema del Congreso. Teología e historia, gracia y naturaleza al igual que en el plan de la creación, están en el misterio de la salvación existencialmente unidas en el hombre. Esta visión antropológica nos lleva a afirmar con Pablo VI: **Para conocer al hombre integral es necesario conocer a Dios para conocer a Dios es necesario conocer al hombre, en cuyo rostro se reconoce el de Cristo** (2). El, como hombre perfecto, solidario de sus hermanos y representante ante el Padre de toda la humanidad, es la explicación del hombre y la explicación de toda la comunidad humana. Su presencia ilumina y unifica la historia de la humanidad.

Esta presencia, después de su muerte y resurrección, la prolonga con el envío que, a una con el Padre, nos hace de su Espíritu. Gracias a la Iglesia, la comunicación de Dios al mundo puede permanecer en la dimensión de la corporeidad histórica y puede así actuar de modo siempre nuevo. Por eso, la Iglesia, como continuadora sensible y dispensadora de la salvación obrada por Cristo, puede ser llamada Sacramento terrestre del Cristo celestial. Ella es el sacramento, es decir, el signo sagrado y eficaz

en el que se manifiesta y al manifestarse se efectúa la divinización del mundo.

En la Iglesia de Cristo los vínculos entre los hombres se hacen más estrechos. En ella encuentra el hombre el sentido más pleno y más humano de su propio ser y de su historia. Por eso, la Iglesia se siente solidaria no solo del perfeccionamiento sobrenatural de sus hijos sino también de todas las cualidades humanas y de todos los valores terrenos, que deben ser orientados a Dios, sin perder por ello su propia validez y autonomía. Dios quiere este humanismo integral fruto de su creación.

Esta sacramentalidad de la Iglesia, continuadora de la obra de Cristo a través de la historia, tiene su culminación en la Eucaristía. Este es el signo supremo, el convite sagrado de la comunidad de Cristo, memorial de su muerte y resurrección, **sacramento del amor, signo de la unidad, vínculo de la caridad** (3).

Como suprema y personal donación de Cristo, la Eucaristía exige a su vez la adhesión personal de nuestra fe. No en vano se llama **Mysterium Fidei**, "Sacramento de la fe".

Vínculo de unión de los hombres con Dios, la Eucaristía es también vínculo de unión de los hombres entre sí. Muy propiamente designó este misterio eucarístico S. S. Pablo VI, haciéndose eco de la tradición como **Mysterium Caritatis**, Sacramento de la Caridad (4). La celebración de la Eucaristía es el punto culminante de la vida cristiana: meta de nuestras aspiraciones y punto de partida de nuevos pasos de nuestro peregrinar hacia la eternidad.

Cristo en la Eucaristía hace que vivamos para Dios y no para nosotros y hace también que nos unamos entre nosotros mismos con estrecho **vínculo de amor**.

La Iglesia y en especial la Iglesia Latinoamericana, consciente de su misión y de la labor histórica que le compete realizar, busca a través de la celebración del próximo Congreso Eucarístico Internacional proyectar la luz de estas realidades sobre todos los pueblos de América Latina. Sobre pueblos que buscan su desarrollo, su integración, la consecución de múltiples valores que corresponden a la dignidad de la persona humana y de los que aún carecen la mayor parte de sus miembros. Esa Iglesia se pone en movimiento, en actitud de búsqueda, de diálogo con todos los hombres de buena voluntad, con el fin de encontrar los caminos concretos que deben seguir, para hacer reconocer a tantos hombres de hoy los valores y derechos a que son acreedores y de los cuales están aún privados.

Al desarrollar esta labor, la Iglesia es fiel a la misión que Cristo le ha confiado. Por esto, la celebración del Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá no consistirá en una manifestación externa y superficial. Será fundamentalmente la integración plena y vivida de la Eucaristía en nuestra vida, como exigencia apremiante de amor y de servicio a nuestros hermanos.

El Congreso Eucarístico Internacional buscará el modo de lograr esta preparación cristiana y de entender la Eucaristía en la Iglesia y en el mundo, como **vínculo de amor** para la humanidad. Pablo VI escribió hace poco su encíclica *Populorum Progressio* con los ojos y el corazón puestos especialmente en América Latina. La celebración del Congreso tendrá por meta práctica el dar un paso adelante en la aplicación de esa doctrina a nuestro medio ambiente, con base en una justicia y caridad que broten de la aceptación, llevada hasta sus últimas consecuencias, del misterio de amor de la Eucaristía.

- 
- (1) Pablo VI. Discurso del 7 de Diciembre de 1965. Cfr. Const. *Gaudium et Spes*. 12-18.
  - (2) Pablo VI. Discurso del 7 de Diciembre de 1965. Cfr. Const. *Gaudium et Spes*. 12-18.
  - (3) Agustín — In Joannen Tract. 26. Cap. 6. N. 13. P. L. 35, 1613.
  - (4) Pablo VI en la apertura del Sínodo de los Obispos, 29 de Septiembre de 1967.

## I. COMUNIDAD HUMANA

### **América Latina: Angustias y aspiraciones**

Al Pueblo de Dios lo componen todas las gentes de la tierra (1). Todos somos solidarios en Cristo. De ahí que quien haya aceptado su vocación al cristianismo no puede permanecer indiferente ante las estrecheces, los dolores y las angustias en que se debaten a su lado los demás hombres. Los gozos y las esperanzas, las angustias y las incertidumbres de los miembros de la gran familia humana, son gozos y esperanzas, angustias e incertidumbres del discípulo de Cristo (2).

América Latina, en medio de sus grandes problemas, manifiesta un conjunto de anhelos y aspiraciones. A esto se le ha dado el nombre de "explosión de expectativas" que caracterizan el momento actual del continente. Hay, ciertamente, un ansia de solidaridad universal que se inserta en la corriente de un humanismo pleno. La encíclica *Populorum Progressio* ha sintetizado esta aspiración con las siguientes palabras: "Verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruídos; en una palabra, hacer, conocer y tener más para ser más" (3).

No se puede negar que existen esfuerzos por dar cauce y responder a estos anhelos, como se manifiesta en documentos, programas y realizaciones en diversos campos. Sin embargo, es necesario, con la urgencia y la audacia que reclama la encíclica *Populorum Progressio*, entrar en una etapa más decidida, comprometida y eficaz. De lo contrario, esta explosión de expectativas podría ser frustrada y originar situaciones permanentes, propicias a formas de violencia que están lejos de ser las más adecuadas para alcanzar ese "ser más" que todos queremos (4).

### **Progreso y cristianismo**

Junto a las innegables virtudes del cristianismo latinoamericano, es preciso reconocer en éste ciertas señales de que aún no ha llegado a su madurez (5). Esto se refleja muy especialmente en la falta de conciencia social, alarmantemente generalizada en todas las clases, pero particularmente en aquellas que, por sus posibilidades, están llamadas a aceptar generosamente su papel y a dar, a través de concretas acciones, su correspondiente testimonio (6). Se impone, por tanto, una presentación positiva,

clara, concreta e insistente del mensaje evangélico en relación con las exigencias de la justicia social y de la caridad. Sin una mentalización completa que responda a un sistema de valores bien estructurados, existe el peligro de una grave desorientación en orden al desarrollo y de interponer barreras que retarden o traten de impedir los necesarios cambios y las reformas urgentes (7).

Frente a una auténtica visión del humanismo que se deriva de la misma antropología iluminada y perfeccionada por las enseñanzas evangélicas (8), todavía se destaca la situación de una sociedad en la que, con no poca frecuencia, se vive en tales condiciones de miseria que conducen a utilizar al hombre y no a servirlo para que realice su propia vocación. Hay situaciones de injusticia que tienen origen en el comportamiento de personas y grupos que hacen parte de la sociedad latinoamericana al paso que otras tienen su origen más allá de las fronteras del continente. El subdesarrollo de una región dada no se debe solo a la escasez de recursos naturales, sino principalmente al subdesarrollo de los recursos humanos, fenómeno este último íntimamente vinculado con los vicios de estructuración de la sociedad, tanto a nivel nacional como a nivel mundial. El desarrollo integral de una sociedad particular no puede darse sin el desarrollo solidario de toda la humanidad (9).

### **Contrastes sociales**

Las aspiraciones legítimas del hombre latinoamericano no se reducen a un simple ascenso en el nivel económico. El desarrollo, para ser auténtico, debe ser integral, es decir, debe ayudar a la promoción de todos los hombres y de todo el hombre.

Hay contrastes que muestran los desequilibrios existentes entre clases sociales, entre los sectores urbanos y rurales, entre la industria y la agricultura. Dentro de las mismas ciudades, los contrastes de opulencia y miseria se tornan más dramáticos por lo cercanos. En efecto, los llamados cinturones de miseria que proliferan al margen de las grandes ciudades llevan a pensar que, aunque "Dios ha destinado la tierra y todo cuanto en ella se contiene para uso de todos los pueblos", en realidad, una elevada proporción de habitantes de nuestro continente se halla incapacitada para el ejercicio de los derechos fundamentales de la persona: nutrición, salud, educación, vivienda (10). Es en otras palabras, el problema de la marginación o sea, el cúmulo de seres escindidos de un cuerpo social que debería llevarlos a su auténtica promoción.

Algunos aspectos particulares más sobresalientes, que pueden dar mayor claridad en esta problemática general, son los siguientes:



En palabras de Paulo VI, "el hambre de instrucción no es menos deprimente que el hambre de alimentos: un analfabeto es un espíritu subalimentado" (11). A la luz de estas palabras se entiende mejor la tragedia de los cuarenta y tres millones de adultos analfabetos de América Latina, la de los sesenta y cinco millones que saben leer, según las definiciones censales, pero que adolecen de un analfabetismo funcional, es decir, carencia de otros medios culturales complementarios que les permitan utilizar las posibilidades que hoy se ofrecen al hombre para su promoción integral. También la de todos aquellos hijos de obreros y campesinos que, por la escasez de sus conocimientos escolares, ven muy difícil, por no decir imposible, su ascenso socio-económico. La sociedad latinoamericana está todavía muy lejos de la democratización de oportunidades educativas.

El inusitado crecimiento demográfico que viene experimentando América Latina durante los últimos años, es un nuevo factor que se añade a su grave problemática. La expansión demográfica, sin ser la causa del subdesarrollo económico, es un factor que dificulta el camino del desarrollo. Geográficamente hablando, América Latina dista mucho de ser un continente superpoblado. Se puede, con todo, afirmar que es superpoblado en relación con las disponibilidades de bienes económicos, sociales e institucionales: en virtud de la escasez de bienes de capital, del déficit cuantitativo y cualitativo de vivienda, de la falta de escuelas y maestros, del número de plazas de empleo, la sociedad no alcanza a atender debidamente y a capacitar para una vida digna al número creciente de individuos de las nuevas generaciones.

### **Dualismos**

Por otra parte, se establece, en diversos niveles, una serie de dualismos que ahondan las situaciones de conflicto.

A nivel mundial se ha establecido una dualidad entre los pueblos que disfrutan de los beneficios de la tecnología moderna y los que se ven privados de ellos, los así llamados países desarrollados y subdesarrollados. Es la dimensión mundial del problema social: "Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos" (12). La sociedad latinoamericana en su conjunto hace parte, sin lugar a dudas, del mundo del subdesarrollo.

Cada vez se definen más las fronteras entre los grupos de países, no tanto por diferencias ideológicas, cuanto por posibilidades reales de existencia. Ha aparecido, por esto, el "tercer mundo" que aglutina numerosos países de condiciones similares, aunque pueda ser diverso el grado en el proceso hacia el desarrollo.

Anhelan estos pueblos del tercer mundo una legítima independencia para ser artífices de su propio destino, según su peculiar modo de ser, sin que esto suponga romper los lazos de una necesaria solidaridad universal.

De hecho, en el campo económico no existe un justo equilibrio y una igualdad de oportunidades. Además, no se ve cómo puedan ajustarse a las exigencias de la justicia social internacional las desproporciones existentes entre la colaboración que se da y el beneficio económico que se recaba, lo mismo que entre las fuertes inversiones en la frenética carrera armamentista y el volumen de los bienes que se dedica a propiciar el desarrollo de los pueblos que la necesitan. Esto se percibe sensiblemente en América Latina.

A nivel continental tiende a establecerse, en América Latina, un segundo dualismo: entre bloques de países vastos, poblados, con posibilidades de riqueza, y países medios y pequeños. Esto los lleva, en ocasiones, a mirarse con recelo y a establecer ejes económicos que impiden la integración continental. A pesar de que se hable, se desee y se programe la integración, la realidad parece insinuar que el egoísmo amplía sus fronteras haciendo, hasta cierto punto, ilusoria la solidaridad de los países en vía de desarrollo.

En el plano nacional aparecen dualismos similares: el de la sociedad urbana, por una parte, en la cual se concentran los bienes de capital, los servicios y las oportunidades de progreso del mundo moderno, y el de la sociedad rural, por otra, donde el nivel de vida es más bajo y en donde las condiciones para el desarrollo económico y la promoción humana son predominantemente adversas. El campo sigue siendo el sector deprimido de la economía. La brecha entre las oportunidades que ofrece la vida de la ciudad y la del campo en vez de cerrarse, tiende a ahondarse más.

El proceso de urbanización en América Latina ha cobrado, durante las últimas décadas, un ímpetu sin precedentes. Cada vez en mayor número, la población campesina abandona los campos para concentrarse en los núcleos urbanos.

El éxodo rural, generalizado en nuestro continente, obedece, a grandes rasgos, a situaciones similares. Cabe anotar, entre otras, el atractivo de la ciudad realizado por el contraste entre lo que juzgan los campesinos que puede ofrecerles la ciudad y la cruda realidad que viven en el campo.

Existe, sin embargo, en algunos países, un fenómeno peculiar, el cual ha tenido una incidencia muy marcada en el éxodo rural. Se trata del fenómeno de la violencia que ha flagelado cruelmente al sector agrícola. Aun-

que ha podido tener su origen en un conjunto de problemas internos de los propios países, la causa, el incentivo y la animación de la violencia han trascendido las fronteras nacionales y se han situado en un plano internacional.

Las consecuencias están a la vista: empobrecimiento y destrucción de los campos como efecto de la huida a que se han visto obligados, física y moralmente, los campesinos; el traumatismo síquico de generaciones nacidas dentro de un ambiente de terror que las ha arrastrado a actitudes de recelo y a un afán de represalias, ahondadas por dolorosas desintegraciones familiares.

La gran ciudad, por su parte, no ha creado los mecanismos indispensables para acoger e integrar a los emigrantes rurales. Con frecuencia el fenómeno de la urbanización ha precedido al de la industrialización capaz de ofrecer empleo a estos campesinos.

El campesino, miembro de una sociedad tradicional, al encontrarse en la ciudad ante ideas, valores y formas de vida diferentes a los de su comunidad original, al sentirse ajeno a las instituciones urbanas e incapaz de competir en el "mercado de los empleos", con frecuencia se convierte en un ser marginado. Amputado de la sociedad global en virtud de su misma situación cultural y social, queda, por una parte, excluido de los beneficios que la sociedad distribuye a sus miembros, y, por otra, no tiene posibilidad de influir en las decisiones colectivas.

En este mismo plano nacional encontramos, además, diferencias sensibles de desarrollo y falta de colaboración entre las distintas regiones de un mismo país, lo cual crea separaciones y regionalismos perjudiciales para el bien común nacional.

La gran difusión de los medios modernos de comunicación social que llegan hasta los rincones más apartados del continente está contribuyendo a que los grupos subdesarrollados tomen conciencia de su "misericordia", descubran y tengan confianza en sus propias posibilidades, refuercen los vínculos de solidaridad entre ellos mismos, y, al mismo tiempo, susciten aspiraciones por obtener condiciones similares a las de sectores más desarrollados. Esto, aunque a veces se realiza con cierta mezcla de angustia, de odio y de ambición desmedida, no justificables, es de suyo una aspiración legítima y un deseo enraizado en el mismo ser del hombre (13).

## El hombre nuevo

El nivel de las aspiraciones del pueblo latinoamericano tiende a elevarse más rápidamente que el nivel efectivo de vida. Las tensiones sociales crecen a medida que se hacen más patentes las barreras estructurales que se interponen entre los individuos y sus legítimos anhelos de autorrealización. Esto pide acelerar, con urgencia, las transformaciones audaces y profundamente innovadoras, sin las cuales crecerá el clima revolucionario que va extendiéndose en todos los países latinoamericanos.

El concepto cristiano de la dignidad de la persona y las ideas de la fraternidad universal en Cristo contrastan con las realidades sociales de un continente que se profesa católico. No es posible profundizar vitalmente en el sentido del mensaje cristiano y, al mismo tiempo, conservar una actitud de conformismo con el "orden existente", que no es, en el fondo, sino un desorden aceptado o tolerado.

Las estructuras de América Latina, por renovadas y adaptadas que puedan ser, no serían operantes si no estuvieran animadas de un profundo espíritu de búsqueda del hombre nuevo. Los cambios que se imponen en orden a la consecución de este humanismo nuevo, los promueve la caridad de Cristo con acendrada obligatoriedad. Forjar el hombre nuevo será el fruto del trabajo comprometido, que es vivencia del amor redentor de Cristo.

- 
- (1) Const. Lumen Gentium, 13.
  - (2) Const. Gaudium et Spes, 1.
  - (3) Enc. Populorum Progressio, 6.
  - (4) Enc. Populorum Progressio, 6. 11, 30, 31.
  - (5) Pablo VI al CELAM, 24 de Noviembre de 1965.
  - (6) Enc. Populorum Progressio, 32.
  - (7) Ibid., 13.
  - (8) Ibid., 32.
  - (9) Ibid., 43.
  - (10) Const. Gaudium et Spes, 69.
  - (11) Enc. Populorum Progressio, 35.
  - (12) Ibid., 3.
  - (13) Ibid., 9.

## II. COMUNIDAD HUMANA E IGLESIA

### Vocación y destino del hombre (1).

El hombre busca con inquietud y esperanza su propio destino y vocación. La apremiante necesidad que experimenta de una creciente solidaridad demuestra que él no es un ser solitario. La vida que debe compartir con los demás no es algo puramente accidental. Percibe que por su íntima naturaleza es un ser social que no puede vivir ni encontrar su propia plenitud y desarrollo si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás. Forma parte de una vasta comunidad humana, cuyo fundamento no son los solos vínculos biológicos, sino una profunda solidaridad en el origen, la vocación y el destino; experimenta una inquietud de comunicación con las demás personas que es una expresión inmanente a su propia naturaleza de una vocación única. En el curso de la historia y de su propia existencia se percata de que esa unidad no es algo ya obtenido. Es una realidad que se debe buscar y que debe construir con el esfuerzo humano. Es una esperanza, es algo que existe en germen, pero que debe llevarse a su total plenitud.

### Mediación humana y destino del hombre

La experiencia y la historia de los hombres hacen ver cómo ellos realizan su unidad y su destino por medio de algunas personalidades extraordinarias que son el aglutinante de la comunidad, que reflejan y encarnan las aspiraciones más nobles de un gran conjunto.

Dios ha utilizado los mismos recursos en la construcción de la humanidad y de su pueblo, sirviéndose de valores que se hallan encarnados en personas vivas.

En la historia humana un hombre y una mujer, en una unidad interpersonal, son constituidos cabeza de todos y llevan en sí el destino de los demás. En Israel, un hombre es a menudo escogido como medio de salvación, de liberación, de superación y de unidad: en Abraham son benditos todos los pueblos de la tierra y su elección es ya la elección de la humanidad: Moisés, el hombre de la Alianza, hace suya y realiza la causa de un pueblo esclavo y lo constituye en pueblo libre. A lo largo de la historia de Israel se encuentran reyes y profetas que desempeñan una labor semejante. Esta necesidad, experimentada en Israel y en todos los pueblos, de encontrar un caudillo muestra que dependemos unos de otros y que Dios al conceder su gracia, quiere conservar esa estructura fraterna inmanente

al hombre. Quiere dar la salvación y la perfección a los hombres por medio de los mismos hombres.

### **Fuente y origen de esa vocación**

Reflexionando sobre su propia historia, el pueblo de Israel va descubriendo a un Dios que se le revela y le comunica su propio ministerio, que lo guía hacia un destino único e inmenso. Esa revelación es el resultado de la voluntad de Dios y de su amor gratuito. El toma la iniciativa y habla al hombre. El Dios invisible se descubre y manifiesta sus designios de gracia. Se abre al hombre como un amigo, trata con él para invitarlo y recibirlo en su compañía.

Israel paulatinamente descubre cómo Dios ha querido que los hombres constituyan una sola familia y que se traten con espíritu de hermanos. Se da cuenta, todavía vagamente, que todos han sido creados a imagen de Dios y llamados a un solo e idéntico destino: Dios mismo.

Dios no es solo un ser trascendente, un simple arquitecto de la naturaleza; es un ser personal que, movido por su amor, descubre el misterio de su amor eterno a su criatura para que ella participe de su vida en Jesucristo (2). Por medio de Cristo Dios se manifestó, creó, eligió y quiere glorificar a todos los hombres (3).

### **Cristo unidad del género humano**

Dios Padre quiso crear salvar y glorificar al hombre en Cristo, imagen perfecta del Padre (4). Destina a todos los hombres a ser semejantes a la imagen de su Hijo, para que El sea primogénito entre muchos hermanos (5). Todo ha sido creado por El, en El Dios ha destinado y escogido a todos los hombres para hacer de ellos un único pueblo, llamándolos a participar de su misma vida (6).

Gracias a Cristo, la historia del mundo deja de ser profana para convertirse en sagrada. Por ello toda la humanidad y el universo con ella, consciente o no, se sumerge en el misterio de Dios: porque en Cristo "fue creado todo lo celeste y lo terrestre, lo visible y lo invisible... todo fue creado por El y para El" (7).

Con el mundo empieza la historia del hombre y con ella la historia de la salvación. De un extremo a otro aparece Cristo: El es la meta del camino que recorrerá la humanidad en busca de su unidad. La historia del hombre es una marcha, un drama, el drama de la opción y de la libertad. Su único destino es amar a Dios, ser su amigo y corresponder con fidelidad a su bondad. Amar a sus semejantes, imágenes de Dios.

El hombre rechazó el amor de Dios, desechó el ofrecimiento de sus dones gratuitos. Ese rechazo, esa opción contra Dios constituyó su frustración, es decir, el pecado.

Con este pecado frustró su única vocación destruyendo los vínculos que lo ataban con Dios y con los demás hermanos, se dividió interior y socialmente. Mas el pecado del hombre no destruyó el designio de Dios. El hombre trajo la desunión, el egoísmo, la ruptura y los conflictos interiores; Dios lo llevará como de la mano, a través de múltiples gracias, a su equilibrio y a su unidad total en Cristo.

Dios llama a un hombre. Su nombre es Abraham. Su hijo será el punto de partida de un nuevo pueblo. Con él sella una alianza de amor y de fidelidad. Alianza que se renueva en el Sinaí, en donde nace el pueblo de Dios, y que llevará consigo un compromiso mutuo: "Si escucháis con atención mi voz y si guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa" (8). Israel será el pueblo particularmente querido por Dios; su vocación es de servicio; entre todos los pueblos desempeña la función de mensajero de la revelación que recibió de Dios. Debe ser su testigo, la luz de las naciones (9).

La historia de Israel es la historia de la humanidad. Es el resultado de un diálogo entre el amor de Dios que la invita continuamente a responderle y la respuesta personal del hombre que, alternativamente, se muestra como un sí amoroso o como una repulsa.

A través de ensayos, de tanteos, de infidelidades, el pueblo de Israel culmina en Cristo, en quien y por quien estaba concebido todo el tiempo de salvación. La historia anterior a Cristo era un diálogo, una lucha de Dios que llamaba y del hombre que se resistía. Ahora, en la persona de Cristo, instrumento de nuestra unidad con Dios y con nosotros mismos, la humanidad da una respuesta definitiva. Se termina el tiempo de la impotencia para la salvación, el tiempo de la desunión. Cristo se convierte en el principio de la unidad de todos los hombres llamados a realizar en la historia una vocación única "La caridad de Dios hacia nosotros se manifestó en que el Hijo unigénito de Dios fue enviado al mundo por el Padre, para que, hecho hombre, regenerara a toda la raza humana con la redención y la redujera a la unidad" (10). El concentra en sí mismo todas las aspiraciones que Dios ha puesto en el corazón humano y da, finalmente, sentido al hombre, a su vocación y a su destino.

## **Cristo en la historia humana**

La Encarnación es la entrada de Dios en la historia: Dios habita en el seno de una mujer, asume nuestra naturaleza (11), realiza la unión de lo divino y de lo humano. Desde entonces nuestro mundo encuentra su centro no solo en Dios sino en un hombre que es Dios.

Lo anunciado bajo sombras y figuras en el Antiguo Testamento se hace realidad. Allí prometía Dios llevar a cabo al fin de los tiempos acciones maravillosas cuyo resplandor haría palidecer las que había llevado a cabo en el pasado con Israel. Dios crearía nuevos cielos y tierra, reinaría sobre todos los pueblos, pondría su ley en el corazón de los hombres y les comunicaría su Espíritu (12).

El Evangelio nos ofrece un panorama absolutamente nuevo: la presencia de Dios entre nosotros. "En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas: ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo" (13), y El ha hecho conocer el misterio de su voluntad constituyéndolo como cabeza y plenitud de todas las cosas (14). Su humanidad, unida a la persona del Verbo, es instrumento de nuestra salvación: en El se efectúa plenamente nuestra reconciliación (15).

Lo que los hombres no habían obtenido, a pesar de sus esfuerzos, lo logra Cristo por medio de su acto redentor. El rescata la humanidad pecadora e indigente, crea una humanidad que ame a Dios y que se entregue al servicio de los hermanos. Cristo se ofrece por nosotros, nos ampara con su amor que salva y perdona. Su acto de amor es completo y definitivo; en él no solo está incluido el amor de Dios hacia los hombres sino también el amor de la humanidad a Dios. Por tanto El no está solo en su sacrificio. Es la cabeza de la humanidad, en El estamos todos incluidos y damos a Dios una respuesta definitiva. En su resurrección y glorificación también nosotros nos hallamos incorporados. Su paso al Padre es el paso de la humanidad a una nueva situación: la vida eterna de Dios.

Cristo resucitado se convierte en el principio de la unidad de los hombres entre sí y con Dios. Con su muerte destruyó el pecado, germen de desintegración, y nos reconcilió con el Padre para dar origen a una nueva creación. Con su resurrección alcanzó para sí entrar en la gloria del Padre y llevó consigo a la humanidad entera.



### **Cristo Hombre nuevo, plenitud de la humanidad**

Cristo es el Hombre nuevo, el primogénito de toda la creación, el tipo ideal con quien debemos conformarnos para realizar nuestra vocación. Cristo resucitado es el polo de atracción de una humanidad rescatada, ciudadana del cielo y llamada a tomar parte en la gloria del Padre, cuya aspiración es la misma vida de Dios, cuya existencia terrenal es una peregrinación hasta alcanzar la liberación definitiva y la glorificación. En la realidad del mundo actual Cristo resucitado ejerce su poder salvífico. En su ser ha sido glorificada la humanidad, glorificación hacia la cual se orientan los mortales hasta que Dios sea todo en todos (16).

Cristo resucitado hace comprender el verdadero sentido del hombre y la sublimidad de su vocación. Quien por la fe se entrega a El tiene abierto el camino para su propia perfección (17). En la medida en que el hombre penetra en el misterio de Cristo comprenderá que él también está llamado a progresar, a buscar su felicidad en la superación de sí mismo, en la adhesión personal a su Señor, que vive ayer, hoy y por los siglos.

### **El Espíritu Santo y la unidad**

Después de su resurrección, Cristo sigue actuando en la historia de los hombres por su Espíritu. El tiene como misión hacer transparente la persona y la acción de Cristo. No hablará de sí mismo sino que llevará a la total comprensión del misterio y de la revelación del Señor (18). El congrega el pueblo del Nuevo Testamento en la esperanza y en el amor y lo convierte en templo vivo de Dios, en donde se ofrecen los verdaderos sacrificios y en donde tiene lugar la adoración en espíritu y en verdad (19). El es en el creyente un principio de acción, un dinamismo nuevo e interior que lo capacita para cumplir la ley de Cristo con la libertad de los hijos de Dios (20). Por el Espíritu Santo, todos los creyentes tienen acceso al Padre y se hacen conciudadanos de los santos y familiares de Dios. Es, igualmente, el principio de unidad de la Iglesia; por su medio el Señor la rige y la edifica, le da sus ministros, le otorga la paz y la conduce a la plenitud (21).

Cristo, con la efusión de su Espíritu en su Cuerpo, que es la Iglesia, funda una nueva comunidad entre los que lo aceptan con fe y caridad. Reunida por la voluntad del Padre, el sacrificio del Hijo y el amor del Espíritu Santo, ella viene a ser el reflejo de la unidad que reina en la intimidad de Dios. De esta manera, el hombre, llamado a la comunión de vida con Dios, encuentra en la Iglesia su unidad interior, su integración de acuerdo con su destino y vocación.

- (1) Const. Gaudium et Spes, 12, 24, 25, 32.
- (2) Jn. 10, 10; 14, 6; 2 Pe. 1, 4.
- (3) Jn. 1, 3; 4, 10; 1 Cor. 8, 6; Col. 1, 15-20.
- (4) Col. 1, 15; Heb. 1, 2-3.
- (5) Rom. 8, 29.
- (6) Ef. 2, 18.
- (7) Col. 1, 16.
- (8) Ex. 19, 5-6.
- (9) Dt. 7, 6; Is. 43, 10; 49, 6.
- (10) Decr. Unitatis redintegratio, 2.
- (11) Cfr. Const. Gaudium et Spes, 22.
- (12) Is. 65, 17; Jer. 31, 31-34; Ez. 36,26 ss.
- (13) Heb. 1, 1-2.
- (14) Ef. 1, 10-22.
- (15) Rom. 5,6-11.
- (16) 1 Cor. 15, 28.
- (17) Cfr. Const. Gaudium et Spes, 22, 41.
- (18) Jn. 16, 13-14.
- (19) Jn. 4, 23; 1 Cor. 3, 16; Ef. 2, 22; 1 Pe. 2, 5.
- (20) Rom. 8, 1-4; 2 Cor. 3, 17.
- (21) 1 Cor. 12; Ef. 4, 1-6.

### III. LA IGLESIA Y LA UNIDAD DE LOS HOMBRES

Cristo está presente en la humanidad entera. Su obra salvadora se extiende a todos los hombres. Puesto que en El son amados, elegidos y salvados, hay ya una presencia de la Iglesia en el mundo. La humanidad lleva en sí misma, sin saberlo, como gracia aceptada o rechazada, el formar parte de la Iglesia de Cristo.

#### **La Iglesia en busca de la humanidad**

El Señor ya ha sido glorificado, se halla fuera de nuestro mundo visible, pero sigue actualizando su presencia en medio de los hombres por manifestaciones visibles que operan en nosotros su acción santificante y salvadora. La realidad que prolonga a Cristo y lo hace presente y activo es la Iglesia. Ella es el sacramento de Jesucristo, como Jesucristo es el sacramento de Dios. Nos revela al Señor como el Señor nos ha revelado al Padre. Nos reúne en la asamblea eucarística para comunicarnos la vida que Cristo le ha infundido y, escuchando fielmente la palabra de Dios, la comunicación a los hombres; a través de los sacramentos nos hace partícipes de la eficiencia salvífica del único acto redentor de Cristo. Por esto la Iglesia es el signo y el instrumento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano (1).

Ella es en el mundo el lugar de la aceptación consciente de Cristo como cabeza, como salvador, como nuevo Adán. Es el testigo de Cristo resucitado, el heraldo de las maravillas que Dios ha obrado en favor de los hombres en Cristo. Anuncia el gran acontecimiento: Dios ha elegido a todos los hombres, ha reunido a todos los pueblos destruyendo las barreras que los separaban, los ha llamado a todos a la vocación de hijos haciéndolos participantes en la herencia de los santos.

Por la Iglesia, la presencia salvífica de Cristo se hace actual, consciente y visible. La Iglesia es, por decirlo así, la conciencia de la humanidad que descubre su propio misterio; llamada en Cristo a una comunión en la unidad: la profesión de una sola fe, la común celebración del culto divino y la concordia fraterna de la familia de Dios.

De aquí brota el carácter misionero de la Iglesia. Es un pueblo de salvados que proclama alegremente el amor del Padre, que en su Hijo ha amado a todos los hombres. Ella tiene que anunciar sin cesar que Cristo es el camino, la verdad y la vida, en quien todos los hombres deben hallar la plenitud de su existencia; y anunciarlo movida por las exigencias de su propia catolicidad y por obediencia al mandato de su fundador.

## La Iglesia, pueblo de Dios en el mundo

En medio de todos los pueblos de la tierra aparece uno, semejante a todos los demás, pero que desde su constitución desborda el cauce ordinario de la historia.

Su existencia como pueblo es don, es pura gracia. Dios lo eligió y lo llamó. Estableció con él una alianza gratuita, lo separó de en medio de las demás naciones, se lo reservó como su pueblo, su reino, su herencia. Israel descubrió a Dios y su vocación a través de su propia historia. En los múltiples acontecimientos de su existencia: vocación liberación, alianza, bendiciones, castigos, destierro, percibió una serie de intervenciones que manifestaban la presencia de Dios.

Comprendió que todos los esfuerzos de sus antepasados, de sus jefes, y de sus profetas para lograr la unidad eran tentativas que Dios utilizaba para conducirlo a formar el pueblo de la Alianza. Por la liberación de Egipto así como por la Alianza del Sinaí, Israel fue constituido como pueblo en el doble plano de la historia y de la fe.

La marcha de su historia, como también la palabra de sus profetas, le hicieron comprender que era la herencia de Yahvéh, su rebaño, su viña, su esposa, su propiedad.

Poco a poco fue descubriendo su vocación universal. Israel no fue escogido de modo exclusivo, como si los demás pueblos quedaran al margen de la elección divina. Fue llamado para desempeñar una labor de servicio en medio de las demás naciones y mostrar de modo progresivo la vocación de todos los hombres a formar una única comunidad humana según el designio eterno de Dios.

Este pueblo tuvo elementos que sirvieron para compactar su unidad: la fe en un mismo Dios, la participación en una misma historia; compartió la misma situación de servidumbre, de libertad y de destierro, marchó en busca de una patria común y de una sólida unidad nacional, se rigió por unas mismas instituciones sociales, políticas, económicas y religiosas. El templo se convirtió en el centro de su vida cultural, la ley era el corazón de su vida diaria y la norma de conducta que expresaba la fidelidad a la Alianza. Todos estos factores formaron y mantuvieron la conciencia de ese pueblo elegido por Dios para un destino más amplio y más vasto que sus propias fronteras.

El Israel del Antiguo Testamento fue la figura y el prelude de la Iglesia. Preparó sus caminos guiado por la pedagogía y la paciencia de Dios. El nuevo pueblo de Dios se injertaría como un retoño en el antiguo.

La predicación de los profetas, así como su propia historia, le fueron señalando nuevas perspectivas. En la plenitud de los tiempos Dios constituirá un pueblo nuevo no limitado al horizonte de una sola nación. Todos los pueblos tendrán parte con él en las bendiciones prometidas a Abraham. Los hombres tendrán una ley nueva inscrita en los corazones. Dios mismo los instruirá con su verdad y con su presencia. Habrá un solo centro de culto que no será ya un lugar sino una persona: Cristo resucitado.

El pueblo de Dios aparece, finalmente, en sus verdaderas dimensiones al convertirse en la Iglesia, Cuerpo de Cristo. En Cristo muerto y resucitado, el designio inaugurado por Dios en el Antiguo Testamento mediante la Alianza llegada ahora a su término definitivo.

La Alianza realizada por Dios con Israel fue el punto de partida de su existencia. Con la sangre de un sacrificio se selló un pacto sagrado, en el que las doce tribus eran partes contratantes. Por esto Yahvéh viene a ser el Dios de Israel e Israel el pueblo de Yahvéh. Israel se compromete a guardar con fidelidad las exigencias de Dios. Esa alianza será algo que el pueblo deberá renovar sin cesar. Como es amor, consistirá en buscar continuamente al otro. Será ante todo un espíritu, una actitud, una aventura de servicio y de fidelidad. Israel, no obstante, fue infiel a Dios, quebrantó su alianza, como un matrimonio deshecho por los adulterios de la esposa. Dios no es infiel a sus promesas, su designio permanecerá invariable, pero el pueblo sufrirá las consecuencias de su infidelidad. De en medio de él surgirá un puñado de hombres fieles, semilla y germen de un nuevo pueblo. Al final de los tiempos se establecerá la nueva Alianza.

El mediador de ella ya no será Moisés, sino Jesús; su sangre será la sangre de la Alianza, derramada para la expiación, la purificación y el perdón de los pecados. Ella reconciliará, justificará y liberará a los hombres. Es una alianza superior a la antigua, porque transforma el corazón de los hombres y pone en ellos el Espíritu de Dios. Es la Alianza que da la verdadera libertad y abraza a todo el género humano porque, por su sangre, Cristo restablece la unidad de todos. Formando un pueblo de judíos y gentiles destruye la barrera que los separaba y los reconcilia con Dios en un solo cuerpo por su Cruz, forma un pueblo nuevo, linaje escogido, nación santa, pueblo sacerdotal que abarca toda raza, lengua, pueblo y nación.

Como el pueblo de la antigua alianza, este nuevo pueblo tiene también elementos que sintetizan su unidad: la fe en un mismo Señor, cuyo sacrificio y resurrección abarca a todos y la participación en una misma historia que tiende a la glorificación final. La comunidad y solidaridad de los miembros del nuevo pueblo, que abarca la humanidad entera, ya

no se fundamentará en los vínculos de sangre o de patria, sino en la fe en un mismo Señor.

La noción de pueblo de Dios, tan llena de contenido, se enriquece con la concepción paulina de Cuerpo de Cristo, en el cual todos los creyentes son incorporados: "Ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, pues todos sois uno en Cristo Jesús" (2). Todos somos miembros unos de otros, porque formamos un solo cuerpo. La Iglesia es el Cuerpo del Señor, su plenitud y El mismo es la cabeza que mantiene la unidad de los miembros (3).

Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento no hay discontinuidad o ruptura sino progreso y unidad. Por ello, la Iglesia no es el resultado tardío de un designio de Dios. El la preparó a través de la historia llevándola hasta su completa realización en la plenitud de los tiempos.

### **La Iglesia en marcha**

La Iglesia como signo de la unidad, de la caridad y de la vocación de la humanidad no ha llegado a su total perfeccionamiento. Como el pueblo de Israel por el desierto, emprende su camino en busca de la tierra prometida. Es, por naturaleza, peregrina, viene de Cristo y a Cristo va; en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, lleva consigo la imagen de un mundo que pasa y vive entre las criaturas que siguen aún gimiendo en dolores de parto, en espera de la manifestación de los hijos de Dios (4). Aspira a la venida total y definitiva del Reino, al festín preparado por Dios a los que le aman. Sabe que está inmersa en el tiempo del crecimiento y de la maduración y que, aunque está llena de la fuerza del Espíritu y de su gracia como de una realidad ya presente, no ha obtenido aún la gloria del reino de Dios en su plenitud. Más allá de las fronteras de la muerte, la Iglesia nos ofrece un mundo definitivo, digno del hombre llamado a transformarse por gracia a semejanza del Señor glorificado.

Este pueblo en marcha que busca anhelante la unidad, recibe en su seno a todos los hombres. Está compuesto de pecadores en continua conversión: como Israel por el desierto, sus miembros deben siempre ponerse en camino, salir de la esclavitud, sacudir el yugo de la opresión, renunciar a las pasiones, a los ídolos, destruir las injusticias que deshumanizan y desunen.

Ese pueblo busca sin cesar la penitencia y la renovación; el mismo Cristo lo llama a una perenne reforma de la que tiene constante necesidad como institución humana y terrena (5). Tendrá siempre algo que

abandonar. Nunca podrá instalarse en un pasado caduco. Mirará al pasado para ver su origen en Cristo y volverá con júbilo los ojos hacia el porvenir en espera de su consumación.

Ese pueblo, sin embargo, siempre en reforma, tiene fe en su propia e indefectible santidad, pues el Señor lo ama y lo transforma con el don del Espíritu Santificador. Por esta razón todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la Jerarquía, ya sean laicos, son llamados a la santidad; los cristianos participan verdaderamente de la vida de Cristo resucitado, por la fe y el bautismo y por la presencia del Espíritu en ellos. De esta manera todo el esfuerzo que la Iglesia hace por perfeccionarse no es sino una expresión del amor y la fidelidad a Cristo su Señor, que suscita en ella la exigencia de ser y de sentirse fiel, de mantenerse auténtica y coherente, viva y fecunda, que la atrae y la guía hacia sí como a su Esposo Divino (6).

### **La Iglesia servidora del mundo**

La Iglesia fundada sobre la unidad y la universalidad del amor se presenta como un signo levantado en medio de los pueblos. Su visibilidad es esencial a su naturaleza de signo o de sacramento. Por tanto tiene necesidad de mostrarse, de hacer ostensible a los ojos de la humanidad lo que posee, lo que anuncia: la vida que ha recibido del Señor y que comunica por la virtud del Espíritu. En el desempeño de esta función se siente responsable de toda la humanidad. Se siente su servidora (7).

Sabe que en este mundo no es fin de sí misma, como si el mundo estuviera ordenado a ser absorbido por ella o ser su vasallo (8).

Es servidora no porque su objetivo sea darle una mejor organización temporal al mundo, sino porque su finalidad es la de revelar el sentido de lo que el hombre es y obra en el misterio de Cristo.

Es para la humanidad. En cierto sentido, es la vida de la humanidad, por la interpretación exacta y sublime que da del hombre, y en virtud de su ciencia de Dios, ya que para conocer al hombre, al hombre verdadero, al hombre integral, es preciso conocer a Dios (9). Con su palabra, que es la palabra misma de Dios, llama a los hombres de las tinieblas a la luz, les revela el plan amoroso de Dios y los incorpora al reino de Cristo por los sacramentos para hacerlos perfectos en Él y consumarlos en la unidad.

Como Cristo, cuya misión realiza, no ha sido enviada para condenar al mundo sino para congregarlo y salvarlo. Su servicio radica en comunicarle la revelación del misterio de Cristo y hacerlo vivir merced a ese mismo misterio.

Como el objeto de su misión y de su servicio es el hombre concreto, se pone el servicio de éste en todo lo que constituye su vida, sus aspiraciones, sus avances y progresos. Debe estar presente donde quiera que el hombre se halla y vive. Es para él. Como servidora debe ser reflejo de su Señor, para que en ella todos vean el rostro de Cristo. No debe anhelar los primeros puestos, no debe buscar privilegios, y donde los tiene debe ser lo suficientemente audaz para renunciar a ellos. Debe estar abierta a todas las culturas y a todas las expresiones del espíritu humano para descubrir en ellas los destellos del Evangelio o para iluminarlas con la verdad de Cristo. Está llamada a compartir su vida con los pobres y necesitados, a buscar eficazmente el desarrollo integral de los hombres y de los pueblos en todos sus niveles.

### **La Iglesia total**

La Iglesia es todo el pueblo de Dios con Cristo como cabeza, movido por el Espíritu Santificador, artífice de la unidad y testigo de la caridad de Dios. Ese pueblo es uno: un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Todos son solidarios en la unidad de hijos de Dios regenerados en Cristo, en la vocación a la santidad, con una común esperanza y una indivisa caridad (10).

Esta Iglesia está ordenada y se rige con admirable variedad de ministerios, encaminados todos a la edificación del único Cuerpo. Es conducida por pastores y ministros humanos responsables de la comunidad ante el Supremo Pastor que está en los cielos, responsables de la Palabra de Dios y de los sacramentos, sin que esto excluya la constante dirección e inspiración del Espíritu Santo o la repartición libérrima de sus carismas o la colaboración de toda la comunidad, ya que toda ella es responsable de la misión. De este modo es a la Iglesia total, como cuerpo orgánico, a quien compete la tarea de ser signo de Cristo en el mundo. Jerarquía y laicos en armónica unidad formal el pueblo santo de Dios. A los obispos, con el Papa a la cabeza, a los sacerdotes, a los diáconos, a los religiosos y a los laicos corresponde, a cada cual según su ministerio y sus carismas la tarea de la evangelización y del testimonio.

No habrá ámbito del mundo en el cual la Iglesia no deba aparecer como servidora de la humanidad para que el mundo se impregne del Espíritu de Cristo y alcance más eficazmente su finalidad en la justicia, la caridad y la paz. Esta acción conjunta exige contribuir al desarrollo de los pueblos, hacer una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico, con los valores religiosos (11). Trabajar con todos los hombres en la construcción de un mundo más humano (12); hacer toda



clase de esfuerzos para que en todos los campos, en el económico, en el político, en el nacional y en el internacional, se den las normas básicas por las cuales se reconozca y se haga efectivo el derecho que tienen todos los hombres a los bienes de la tierra, a la cultura, al trabajo, al descanso, al desarrollo integral, acorde con la dignidad de la persona humana. Toda la Iglesia; ministros, laicos, religiosos, debe estar presente en el mundo para anunciar a Jesucristo. La evangelización no será auténtica función de la Iglesia sino en la medida en que estén y vivan comprometidos en ella todos sus miembros.

- 
- (1) Const. Lumen Gentium, 9.
  - (2) Gal. 3, 28.
  - (3) Rom. 12, 5; 1 Cor. 12, 12; Ef. 1, 22-23; Col. 1, 18.
  - (4) Const. Lumen Gentium, 48.
  - (5) Const. Lumen Gentium. 8; Decr. Unitatis Redintegratio, 6.
  - (6) Const. Lumen Gentium, Cap. V.
  - (7) Pablo VI. Discurso del 7 de Diciembre 1965.
  - (8) Pablo VI, Discurso del 10 de Septiembre 1965.
  - (9) Pablo VI, Discurso del 7 de Diciembre 1965.
  - (10) Const. Lumen Gentium. 32.
  - (11) Const. Gaudium et Spes, 43.
  - (12) Enc. Populorum Progressio, 20.

#### IV. LA EUCARISTIA, FUENTE DE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

¡Oh sacramento del amor!

¡Oh signo de la unidad!

¡Oh vínculo de la caridad!

San Agustín, In Joannem, Tract. 26, Cap. 6,  
n. 13; P. L. 35, 1613.

Cristo da a los hombres la posibilidad de unirse entre sí y de crear una comunidad constituida por los nexos de un amor que, por ser espiritual, no es menos exigente y real. El amor cristiano tiene como base el amor humano que surge de los lazos de familia, de profesión, de nacionalidad. Los nexos invisibles de la caridad no pueden prescindir de los elementos visibles y sensibles que crean toda sociedad humana. La fe y el amor no son algo desencarnado; tienen necesidad de expresarse, de concretarse. La unión con Dios y a través de El con todos los hombres se lleva a cabo por un contacto real, aunque misterioso: el de los sacramentos, que nos incorporan a Cristo inmolado y al mismo tiempo glorioso (1).

Entre todos los sacramentos hay uno que es instrumento privilegiado de esa unión con Cristo, y en el cual la Iglesia ha visto siempre el signo de su propia unidad: es la Eucaristía. Ella crea continuamente la Iglesia y la congrega en la unidad; realidad inmensa e incomprensible, que solo la mirada del creyente puede contemplar con la fe. Penetrado en ese misterio de fe por excelencia, puede éste descubrir, detrás del velo de los elementos sensibles, el verdadero Pan, que es Cristo; y en Cristo reconocerá el corazón del universo, la cabeza de la humanidad, todo ese Cuerpo que el Verbo hizo suyo por la Encarnación y que alimenta por la Eucaristía (2).

#### Signo de unidad

En el reciente concilio la Iglesia se identificó una vez más a sí misma con la bandera levantada sobre las naciones que, en la profecía de Isaías, era para los dispersos señal de reunión desde los cuatro vientos (3). Ahora bien, dentro de la Iglesia la señal de unión es la Eucaristía. "Este es el símbolo de unidad y caridad que nuestro Salvador dejó a su Iglesia" (4); "símbolo de aquel único cuerpo cuya cabeza es El en persona y al cual quiso que nosotros estuviéramos unidos, como miembros, por los más estrechos lazos de fe, esperanza y caridad" (5).

Todo en la asamblea eucarística evoca esa unidad y concordia. Los templos son la expresión del anhelo de reunir bajo un solo techo la gran

familia humana. El nombre que llevan de "Iglesia", o sea "Asamblea", está diciendo lo que quieren ser: la reunión de los fieles. Las Iglesias nos enseñan que la vocación cristiana es una convocación. El que entra al templo no lo hace como huésped o extraño, sino que entra a su propia casa (6).

Allí se encuentra, como principal factor de unión, una mesa, que es donde se sellan todas las alianzas y amistades. La mesa del altar es mesa familiar, y como tal debe nutrir el afecto y dilatar el círculo de la amistad. Los que se sientan a esa mesa no pueden ser unos desconocidos, puesto que ella es la que enseña a los hombres a convivir. Solo un traidor puede causar a su hermano en la fe la herida de que Cristo fue víctima: "El que comía mi pan levantó contra mí su calcañar" (7).

Un medio privilegiado que sirvió a Jesús en su acercamiento con los hombres, fue el sentarse a la mesa de los pecadores o, lo que es más, el admitirlos a la suya propia (8). La mesa del cenáculo fue el instrumento de las supremas confidencias, del sacramento del amor, de la oración por la unidad. En la Iglesia es también la mesa el sitio preferido por Jesús para hablar con nosotros "como un hombre conversa con su amigo" (9).

La palabra que se escucha en la asamblea eucarística es ese prodigioso instrumento que hace del hombre un ser profundo y a la vez comunicable y apto para entrar en sociedad. Es además la voz del buen Pastor, capaz, como ninguna, de congregar a los dispersos en un solo rebaño (10). El eco que responde a la palabra unificante de Cristo, la plegaria de la Iglesia, tiene también la virtud de crear, a una con la armonía de las voces, la armonía de las almas.

Hay un rito capital en la celebración de la Eucaristía, que desafortunadamente ha caído en desuso en una sociedad cristiana dentro de la cual el sentimiento de fraternidad ha languidecido. Es él, sin embargo, dentro de las relaciones humanas como el sacramento del amor: el ósculo de paz. En él no se puede tomar parte fingidamente. "Es el signo de la paz: lo que muestran los labios debe existir dentro, es decir, que si tus labios se acercan a los de tu hermano, tu corazón no puede quedarse lejos del suyo" (11).

El término de toda asamblea eucarística es la comunión. A ella se orienta toda la celebración. Ese es en definitiva el motivo determinante que lleva a los cristianos a reunirse en la Iglesia. Mientras no los anime a todos el deseo de compartir el pan, en la Eucaristía y luego en la vida, no podrán crear una comunidad viviente, ni podrán experimentar la presencia de Cristo en su Iglesia. Como acaeció a los discípulos de Emaús, no se puede descubrir a Cristo sino compartiendo el pan, porque Cristo no existe

solo, sino acompañado de la familia que se sienta a su mesa. Partir el pan eucarístico significa revelar el misterio contenido en el Cuerpo de Cristo, que no es otro que el misterio de la Iglesia (12). Basado en el principio de la igualdad de los hombres que un mismo pan alimenta. San Pablo formulaba el de la unidad aún más profunda que existe entre los cristianos como resultado de vivir de un solo pan, que no es otro que Cristo: "No siendo el pan más que uno solo, todos nosotros formamos un solo cuerpo ya que todos compartimos ese único pan" (13). Desde los albores del culto cristiano se vio en el hecho de compartir un mismo pan y una misma copa la exigencia más apremiante de la unidad en el amor. "Sois lo que acabáis de recibir —decía San Agustín a los que se acercaban a la mesa del altar—; os convertís en el pan que es el Cuerpo de Cristo. Este sacramento es como el símbolo de la unidad" (14). Y San Ignacio de Antioquía escribió a los cristianos de Filadelfia: "No hay más que un cáliz para que él os una en la sangre de Jesucristo" (15).

De esa manera los elementos del sacrificio eucarístico, incluso algunos ritos que pudieran parecer insignificantes, hablan, no de aislamiento y de individualismo, sino de unidad, de compenetración, de mutuo conocimiento. Paulatinamente la liturgia introduce al fiel, desde que entra en el templo, hacia una comunidad de sentimientos y de ideas con los demás cristianos, fomentada por la asamblea misma, por sus plegarias, por la palabra de Dios de que se hace eco el celebrante, por la profesión de una misma fe y un mismo amor, y por la participación en un mismo banquete.

Toda comida debe recordar al cristiano su obligación de compartir un pan que Dios y los hombres le han preparado. Se impone el abandonar una mentalidad individualista que sugiere la idea de que cada uno debe comerse su pan a solas; es evidente que mientras no se amplíe nuestro horizonte y se piense que el pan es la concreción del trabajo que fusiona a los hombres (16), no se sentirá la necesidad de compartirlo. El pan que se come debe hacer pensar en los hermanos y evocar a Cristo, que compartió su pan con nosotros y es el anfitrión de un banquete celeste. Este era el pensamiento inspirador de la oración de la mesa de los primeros cristianos: "Como este pan que partimos estaba antes disperso por los montes y se ha recogido para no ser más que uno, así se reúna tu Iglesia desde los confines de la tierra en tu reino" (17).

### Comunión con Cristo

Todo el simbolismo eucarístico despierta en quien lo vive intensamente el sentimiento de una solidaridad y convivencia únicas; en una comunidad pujante de vida el creyente recibe la experiencia inolvidable de lo que en-

seña San Pablo: "Con ser muchos no formamos más que un cuerpo en Cristo, y cada uno en él es miembro juntamente con los otros" (18). No obstante, el concurso de creyentes no llega completamente a dar razón de la poderosa fuerza aglutinante que los une. Hay que confesar que en la asamblea el personaje central es invisible. Porque si los cristianos son "un solo cuerpo", no pueden serlo más que "en Cristo". San Pablo completa su enseñanza agregando la afirmación decisiva: "Vosotros sois el Cuerpo de Cristo" (19). Cuando los cristianos llegan a tener verdaderamente "un solo corazón", como dice San Lucas de la comunidad de Jerusalén (20), es porque lo tienen orientado hacia el Señor. Al compartir el pan con nosotros, Cristo no busca en definitiva otra cosa que "hacernos compartir su divinidad" (21).

Se puede en rigor tomar parte en la asamblea litúrgica y recibir el Cuerpo del Señor sin alcanzar el fruto propio de la Eucaristía. Comer el pan de Cristo no excluye la posibilidad de "levantar contra El el calcañar". Por eso la Cena del Señor no se limita a la participación externa ni se reduce a recibir materialmente la hostia. El pan consagrado es verdadero pan de vida solo cuando el que lo come se une a Cristo. San Pablo emplea una palabra densísima para hablar de la esencia de la Eucaristía. La intimidad, la compenetración con Cristo que ella produce, solo tiene un nombre capaz de definirla: comunión. "La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con el Cuerpo de Cristo?" (22). "Comulgar no es simplemente participar o recibir, es hacerse una sola cosa" (23). De ahí que la comunión eucarística sea incompatible por definición con la participación en toda otra mesa donde no esté Cristo. "No quiero que entréis en comunión con los demonios. No podéis beber del cáliz del Señor y del de los demonios; no podéis tomar parte en la mesa del Señor y luego en la de los demonios" (24).

La comunión pone al creyente en contacto vital y santificante con la víctima del Calvario. El recibe el Cuerpo que nació de la Virgen María, que padeció y se inmoló en la cruz y de cuyo costado abierto brotó sangre y agua (25); pero también Cuerpo que resucitó y a quien penetró de lleno la vida del Espíritu, Cuerpo radiante de gloria que ascendió hasta la derecha del Padre. Tocar a Jesús de Nazaret fue el anhelo en que se plasmó la fe de millares de enfermos; y el contacto con su cuerpo santísimo devolvió incontables veces la salud y la misma vida. Ese es el Cuerpo al que ahora se une el cristiano y con el cual se compenetra; pero lo hace cuando ya la resurrección y la glorificación lo han impregnado por entero de vida divina. De modo semejante, quien toma el vino eucarístico es admitido a beber en la misma copa del Señor; más aún, lo que recibe es la sangre

vertida para lavar los pecados del mundo. De ahí que a esa comunión debe uno "llegarse como a beber del costado mismo de Cristo" (26).

La comunión une a Cristo, hace vivir de El y para El. Esto no es todo. El habla de inmanencia mutua: "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él" (27). La frase es demasiado concisa y el lenguaje demasiado corriente para alcanzar a expresar una realidad que es inefable. Jesús mismo cuidó de plasmar esa verdad en una imagen elocuente cuando se comparó con la planta más exuberante de vida, de la cual precisamente tomó el signo sacramental de su sangre: la vid. "Yo soy la verdadera vid... y vosotros sois los sarmientos" (28). La idea no es que Jesús sea el tronco y los cristianos las ramas. No; El es la vid total que está presente en cada racimo y en cada uva. Cristo está en el cristiano y en cada una de sus obras como el árbol en su propio fruto. El cristiano, por su parte, está en Jesús como una rama viva, como un renuevo del eterno Jesucristo.

La inefable presencia de Cristo por medio de la comunión reviste de incalculable seriedad el imperativo de la vida cristiana: "Permaneced en mí como yo en vosotros" (29). Exigente en grado sumo, la Eucaristía es, por otra parte, la única que ofrece la posibilidad de alcanzar el altísimo ideal contenido en la fórmula paulina "existir en Cristo".

Por el hecho de integrarse a Cristo, el hombre entra además en el ámbito de la vida eterna. Jesús está en el hombre por la comunión, pero antes y más hondamente está en Dios (30). La comunión con Cristo es un paso que el hombre necesita dar para salvar la infinita distancia que lo separa de Dios. Gracias a la comunión, en medio de la distancia que subsiste se crea entre Dios y nosotros la más secreta intimidad. Ahora bien, las relaciones entre Cristo y Dios son misterio que se vive de Padre a Hijo y de hijo a Padre. De ahí que vivir en Cristo y vivir su vida signifique ser hijo de Dios. La comunión con El da todo su sentido a la frase de San Juan: "A cuantos lo han recibido les dio poder para ser hijos de Dios" (31).

Se ha observado cómo el don de la vida natural no es efectivo más que por la separación entre el hijo y sus progenitores, mientras que la comunicación de vida divina supone unión permanente. Para el hijo de Dios separarse de quien le da la vida significa dejar de existir. Otra diferencia consiste en que la vida del que nace de Dios, si es nueva para el hombre, no es una nueva vida distinta de la del Padre. No es vida de Dios y vida del cristiano, sino vida de Dios en el cristiano. No hay dos principios de vida sino uno solo, el Espíritu Santo: el hombre vive del aliento de Dios (32). En la Eucaristía "los fieles tienen acceso hasta Dios Padre por

medio del Hijo, el Verbo que se encarnó, padeció y fue glorificado, y en la efusión del Espíritu Santo entran en comunión con la Santísima Trinidad, partícipes como son de la naturaleza divina" (33).

### Vínculo de la caridad

El pan consagrado es el Cuerpo de Cristo, pero no de un Cristo estático sino del que según Pablo sigue en gestación en cada hombre y debe crecer hasta la madurez perfecta y la plena estatura (34). La Eucaristía es el foco más poderoso de irradiación de vida y de energía; es ella la que ha de llevar todas las fuerzas vitales del universo a la superación de sí mismas.

A veces es más conducente partir de la diversidad de hombres y funciones para explicar el misterio de la Iglesia; la argumentación, no obstante, que parte de la unidad es más rica en promesas. Más que los hombres, es el Hombre el que sirve de referencia para enfocar la Iglesia. Esta no es otra cosa que Cristo, pero difundido y comunicado. La Iglesia no es una unión, sino una unidad. Su punto de partida y su centro, lo mismo que su meta, es el Cristo de la Eucaristía.

Nuestra visión de Cristo ha perdido mucho de la grandiosidad de los primeros siglos. La manera de abordar su misterio se resiente del individualismo que ha derribado tantos puentes y ha hecho de los hombres islotes. Hemos olvidado lo que Cristo significa para la humanidad, no simplemente como modelo, sino como Primogénito, como Cabeza, como primera célula de un mundo nuevo.

Todo en El es símbolo del hombre que ansiosamente buscamos. Un teólogo lo decía con audacia: "Jesucristo nos lleva en sí mismo: nosotros somos, si se me permite decirlo, más cuerpo suyo que su propio cuerpo... Lo que se realiza en su cuerpo divino es la figura real de lo que debe cumplirse en nosotros" (35).

Si esto es verdad de todos los misterios de la vida de Cristo, lo es en grado sumo del sacramento de su Cuerpo. Un hecho sencillo nos dice hasta dónde llega a ser la Iglesia "concorporal y consacramental con Cristo en el altar" (36): el Cuerpo eucarístico se llamaba en un principio "Cuerpo místico" de Cristo, pero con el correr del tiempo pasó a llamarse "Cuerpo verdadero"; y correlativamente la Iglesia, que con toda razón se designaba a sí misma como "Cuerpo verdadero" de Cristo, fue cambiando su nombre por el de "Cuerpo místico" (37). Ello nos muestra hasta qué punto son intercambiables esos dos misterios. El realismo eclesial, simbolizado o más exactamente sacramentalizado en la Eucaristía, lejos de oponerse

al realismo de ésta, de él fluye y lo corona admirablemente (38). “La Iglesia está significada en los santos misterios no como en puros símbolos sino como están significados los miembros en el corazón” (39).

Esa es la razón por qué la Eucaristía tiene que celebrarse siempre en el seno de la Iglesia y con la finalidad de constituirla entre los hombres. Sin ello quedaría trunco el sacramento. En efecto, se trata del sacramento del Cristo total y, según un célebre principio, “Cristo no se realiza donde no se realiza totalmente” (40).

Es todo el dinamismo de la Encarnación y del misterio pascual el que se halla implicado en esta estrecha afinidad del Cuerpo eucarístico con la Iglesia y con toda la creación. Bien lo sentía aquel monje medieval, que en un grano de trigo —el de la sentencia del Señor en el evangelio de San Juan (12,24)— descubría toda la mies de la Iglesia extendida por el universo: “La carne de Cristo, que antes de la pasión era únicamente carne del Verbo de Dios, con la pasión creció y se dilató de tal modo y llenó el universo hasta tal punto, que pudo reunir en el sacramento del pan nuevo a todos los elegidos, desde el primero al principio del mundo hasta el último al final, y por él incorporar para siempre en una sola Iglesia a Dios y al hombre” (41).

Percibir en toda su viveza los vínculos que atan a los hombres entre sí y con toda la creación sólo es posible al que vive literalmente en Cristo y ha experimentado su intimidad. En primer lugar, poseyéndolo a El es como se llega al verdadero fondo de nuestro ser, ya que El es quien puede descender hasta ese íntimo santuario; por la comunión Cristo alcanza un grado de intimidad con los suyos que ellos mismos no conocen. A través de El, por caminos ocultos, que la mirada superficial desconoce y que solo es dado recorrer a la luz de la fe, se llega a una insospechada unión con los demás hombres. Aplicando al caso una expresión de San Juan Crisóstomo, se puede afirmar que el corazón de Cristo es el corazón del mundo. Todos los cristianos algunas veces, y muchos de ellos por profesión, deben alejarse del bullicio del mundo; pero aún así, como dice de los religiosos la Constitución *Lumen Gentium*, pueden tener más hondamente presente a toda la humanidad si la tienen presente “en las entrañas de Cristo” (42). Tal es la paradoja cristiana: el que está más unido a Dios, el Hijo de Dios, es al mismo tiempo el que está más unido a los hombres; y el que por la comunión con Cristo penetra más íntimamente en el seno de la Trinidad, es el que se adentra más completa y eficazmente en el seno de la humanidad.



“Cuanto más estrecha sea la unión de los cristianos con el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, tanto más íntima y fácil podrán hacer la mutua fraternidad” (43). En una especie de palpitación la Eucaristía estrecha los lazos que nos unen al Cuerpo de Cristo y dilata al mismo tiempo el ámbito de la Iglesia; reúne por la caridad en el cenáculo y dispersa por la misión en el mundo. La fuerza expansiva del Cuerpo de Cristo convierte al creyente en vehículo del irresistible empuje de vida y de amor desatado en la mañana de Pascua. Cada generación cristiana es una oleada que desde el altar va a inundar de Cristo todo lo ancho de la marea humana.

La comunión se recibe en el templo, pero da su fruto en la vida. Hay que agregar: da su fruto en la entrega de la vida. En la mesa del altar se prepara no solo el pan del sacrificio eucarístico sino también el de la oblación de sí mismo. El cristiano es una hostia viva que se inmola cada día por sus hermanos; Cristo “dio su vida por nosotros; nosotros, pues, debemos también dar nuestras vidas por los hermanos. Si uno tiene de qué vivir y viendo a su hermano en necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?” (44). ¿Cómo va a decirse cristiano, o sea poseedor de la vida sobrenatural y sobrehumana de la gracia, uno que, acallando la propia conciencia, deja a los demás viviendo la vida infrahumana de la miseria?

### **Sacrificio de la Alianza**

Hablar de unión nos ha llevado a hablar de sacrificio. Efectivamente, toda esa fuerza cohesiva que permite a la Eucaristía aunar al hombre con el hombre, la humanidad con Dios, la tierra con el cielo, se la debe a la Cruz que representa. Porque la finalidad que se propuso Cristo al inmortalarse no fue otra que llevar a los cristianos a sacrificarse con El como un solo hombre. En ese sentido la Iglesia es, según la definió admirablemente San Agustín, la sociedad de los santos, el sacrificio de la humanidad entera ofrecido a Dios por aquel Sumo Sacerdote que, si tomó un cuerpo y lo inmoló en la cruz fue para hacer de todos nosotros una sola oblación (45).

Si sacrificio es todo cuanto crea sociedad entre el hombre y Dios y, como consecuencia de ella, entre los mismos hombres, el sacrificio verdadero fue el que subió al cielo desde el altar de la cruz. La vida de Cristo lo señalaba ya a El como sacerdote ideal puesto que era, como hombre, representante auténtico de su pueblo, y como Hijo de Dios, su vocero acreditado, y simultáneamente como víctima perfecta, que concentraba en sí todo el dolor humano y toda la pureza divina. Solo su sacrificio era capaz de restaurar la unidad desintegrada por el pecado, porque El era ya un

sacrificio viviente: era una sola cosa con Dios a quien se ofrecía e hizo una sola cosa a quienes representaba; era el oferente y era también su propia hostia (46). La Sagrada Escritura no conoce más que una barrera que se opone a la unidad perfecta, y ella está en el interior de las almas: es el odio, el desamor. Y Cristo lo crucificó; en su persona y una vez por todas "dio muerte al odio" (47).

La Carta a los Hebreos (Cap. 9) muestra, con ejemplos del Antiguo Testamento, la esterilidad de toda religión que se limita al puro rito. La alianza entre Dios y el hombre que constituye la esencia de la religión está condenada al fracaso si no llega a establecer una comunidad de vida. Para que sea tal hay que sellarla con la propia sangre. El amor es entrega, y el amor perfecto es entrega, no solo de lo que uno tiene, sino de lo que es (48). La donación de la propia sangre es la que hace mártires, y si la sangre injustamente derramada clama venganza, la voluntariamente vertida es un grito de perdón y de reconciliación. La sangre de Jesús es más elocuente que la de Abel (49). Y esa es la sangre de la Alianza, sangre que establece un pacto de novedad absoluta y por lo tanto de duración eterna.

La alianza con Yahvéh fue, lo que dio a las tribus hebreas el sentimiento de solidaridad y la conciencia de pueblo; y el medio de mantener viva esa conciencia y de superar todos los desastres de la historia fue la renovación de esa alianza a través del culto y de los sacrificios. La Iglesia también nació de una alianza, destinada a incluir a toda la humanidad por haber sido sellada con la sangre más generosa y fecunda. El nuevo pueblo de Dios perpetúa ese compromiso divino y humano en la celebración del culto eucarístico, que estrecha sus vínculos y lo defiende de la mella del tiempo y del poder desintegrante del pecado.

Con frecuencia, el pueblo que asiste a la celebración eucarística no tiene conciencia de la Alianza que viene a renovar. No sabe del sí comunitario que debe dar a la ley de amor y libertad, como lo dio Israel cuando aceptó las cláusulas de la alianza sinaítica. El fiel de nuestros días separa Misa y Comunión, como si hubiera comunión sin sacrificio o religión sin comunión y alianza (50).

Israel nos enseñó dónde hay que buscar la entraña de la religión. Sus sacerdotes quemaban holocaustos, en los que se hacían patentes la nada de la criatura y el todo del Creador, y lavaban los pecados del pueblo con sacrificios expiatorios. Mas a través y por encima de todo ello, mantenían viva en Israel la conciencia de aliado de Yahvéh por medio de los sacrificios de comunión. En ellos el hombre comparte con Dios los dones ofrecidos y es admitido como huésped al Templo y como comensal al altar. Por enci-

ma del tributo a Dios y en estrecha relación con la reparación amorosa, está la intimidad con El. El tipo de sacrificio escogido por Jesús para perpetuar la Nueva Alianza fue precisamente el de comunión, y por cierto en una versión muy hogareña como era la celebración de la Pascua. De ahí que en la Eucaristía que El nos legó la comunión implique necesariamente sacrificio y el sacrificio implique necesariamente comunión.

### La Eucaristía, síntesis de la Iglesia

Reunidos en comunión, los que se incorporan a la Iglesia entran en una trama de relaciones tanto verticales con el mundo divino como horizontales con el mundo creado. En ello es decisivo el aporte de la Eucaristía, que marca con su impronta todas las manifestaciones de la vida de la Iglesia.

En la Eucaristía se hallan sintetizados todos los dones de Dios. Los elementos empleados en la ofrenda llevan en sí las riquezas del mundo. El pan y el vino son las primicias de la creación que se ofrecen a Dios por Jesucristo (51). En efecto, son producto por una parte de la naturaleza, y por otra del trabajo humano que la corona y ennoblece. Asumidos en la ofrenda eucarística, como fruto maduro de la tierra, introducen ésta desde ahora en el modo de existencia propio de la creación ya redimida (52). Con la Eucaristía la tierra "ha dado ya su fruto" (53).

Además de la creación, toda la historia sagrada y la Encarnación redentora están presentes en este sacramento. La Eucaristía es el memorial de Cristo, y como tal representa su obra salvífica. Como Acción de Gracias que es, sustituyó la Bendición cultual que servía a Israel para revivir las gestas de su historia y ensalzar por ellas a Dios. Si aquel pueblo veía en la comida, y especialmente en la de la sagrada cena de pascua, un don de Dios que evocaba y resumía todos sus dones, para la comunidad cristiana la Cena del Señor contiene bienes infinitamente más preciosos. Porque cuando Jesús pronunció la bendición en la última Cena Pascual y, en ademán profético, celebró el memorial de su Pascua inminente, dejó en el pan y el vino todo el tesoro de la redención. Desde entonces la Acción de Gracias convierte esos alimentos en el Cuerpo y Sangre de Cristo para que la Iglesia, recibiendo, participe de los frutos del sacrificio redentor.

El sacramento del altar no es uno más al lado de los otros, sino que constituye la síntesis y la razón de ser de toda la economía sacramental (54). El contacto con Cristo por la fe que nos proporcionan los demás sacramentos lo hallamos realizado al máximo en la Eucaristía. Todo lo

que Cristo es y todo cuanto tiene está en ella a nuestra disposición: la vida que como Hijo recibe del Padre (55) y junto con ella todos sus bienes patrimoniales, que recibimos en herencia. La Eucaristía encierra sustancialmente todo el bien espiritual de la Iglesia, porque en ella está Cristo en persona (56).

Centro y esencia de la vida eclesial, la Eucaristía es también punto de partida obligado y meta de toda actividad cristiana. Punto de partida: "De la Eucaristía brota la gracia como de su fuente; ella produce con el máximo de eficacia la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, que son la finalidad de todas las demás obras de la Iglesia". Meta: "Los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan en comunidad para alabar a Dios en medio de la Iglesia y para participar en el sacrificio y comer la Cena del Señor" (57).

Finalmente, este sacramento que revive el pasado y fecunda el presente de la Iglesia, anticipa también su futuro. La esperanza del Pueblo de Dios está polarizada por la resurrección de los muertos y la venida del Señor, porque entonces la comunidad de los redimidos entrará en la fase de la perfecta unidad a que se encamina la Iglesia. La resurrección gloriosa será efecto de esa semilla de vida eterna encerrada en el cuerpo del cristiano que vive de la Eucaristía. El que comulga recibe un alimento de inmortalidad bajo la forma del pan que hace vivir a los hombres. Cristo vendrá también atraído por la celebración eucarística, en la cual la Iglesia se reúne para apresurar su retorno anunciando la muerte del Señor hasta que por fin venga (58).

### **La Eucaristía en la existencia temporal de la Iglesia**

Es necesario aún añadir algunos puntos de vista que muestren la inserción del misterio en la vida concreta de la Iglesia. Es preciso recordar ante todo un principio de sencillez extrema y de gran aplicación en la doctrina y práctica sacramentales. Los sacramentos no son entidades completas que existan por sí mismas. Son acciones, acontecimientos que hacen posible el encuentro de Cristo con la Iglesia; canales de vida y de gracia, que quedarían anulados si al ofrecimiento de Dios no correspondiera la acogida del hombre. Los sacramentos existen por los hombres a quienes se destinan. En ellos no hay nada puramente estático. En el caso de la Eucaristía, la presencia real de Cristo, que podría parecer justificar la existencia del sacramento, no es buscada por sí misma, sino que está orientada a la consumación del sacrificio que la origina. Ahora bien, tanto el sacrificio como la comunión son acciones que exigen la participación de los cristianos.

La Eucaristía renueva y perpetúa en favor de los hombres un hecho histórico, lo cual no puede hacerse sino en un momento y en un lugar determinados. El punto de inserción de la Eucaristía en el tiempo y en el lugar donde se hace presente la Iglesia nos muestra el modo concreto como ésta vive de aquella.

La Eucaristía jalona el tiempo de la Iglesia. Como todo lo que tiene una existencia temporal, ésta es algo que está por hacer cada día; vive en un continuo hoy que la sitúa en un punto cada vez más avanzado de su marcha a través de la historia. La Iglesia es una creación permanente de la gracia; para poder subsistir tiene que nacer siempre de nuevo. De ella dice el Concilio Vaticano II: "Santa y al mismo tiempo necesitada de purificación constante, prosigue de continuo su tarea de penitencia y renovación" (59).

La realidad introducida en el mundo por la Encarnación y mantenida en él por la Iglesia es demasiado nueva para que pueda subsistir sin una renovación permanente. La Eucaristía, como todo el sistema sacramental, responde precisamente a esa necesidad que tiene la comunidad cristiana de beber en su fuente una vida a cada momento amenazada de muerte y una unidad siempre enfrentada al egoísmo. La Iglesia es una porque periódicamente se reúne en la asamblea eucarística. Es santa porque allí se va librando del lastre de sus continuos pecados. Jamás envejece porque se está renovando. La renovación de la Iglesia exige la incesante celebración de la Eucaristía; su santidad y su apostolado no la pueden eximir de ésta; ni sus pecados son obstáculo que se la impidan.

Como Esposa que es de Cristo, la Iglesia tiene tentaciones de infidelidad; como Cuerpo de Cristo, sus miembros necesitan crecer y no esclerosearse; como rebaño, tiende siempre a disgregarse. El pecado es una amenaza perpetua de desintegración. Se hace, pues, necesario recurrir constantemente a la Eucaristía, que ajusta con los vínculos del amor el Cuerpo de Cristo y lo hace crecer hasta la plena estatura. "Tomad y comed el Cuerpo de Cristo, vosotros que ya estáis en él como miembros. Tomad y bebed la sangre de Cristo. No disolváis vuestra unidad: comed la ligadura que os une" (60).

La vida de caridad y entrega al servicio del prójimo, lejos de oponerse a la participación de la Eucaristía o pretender sustituirla, de ella recibe toda su eficacia. Es cierto que a Cristo se le debe descubrir en el hombre, pero no lo es menos que al hombre total, solo en Cristo se le halla. El hecho de que la práctica sacramental no transforme en apóstoles a muchos cristianos no justifica el pretender ser apóstol prescindiendo de los sacramentos: hay ramas muertas unidas al tronco, pero es a pesar de

ello y no por ese motivo; las que están vivas, lo están en virtud de la savia que reciben. La savia del cristiano es el amor, y éste brota del sacrificio de Cristo: la Eucaristía comunica y mantiene la caridad, que es el alma de todo apostolado (61). Toda la vida cristiana es un culto rendido a Dios: el trabajo y el descanso, la vida familiar y profesional, las mil preocupaciones que son la trama de la existencia, son otras tantas hostias para ofrecer en sacrificio. Pero no son aceptables sino por Cristo, que las incluye en la oblación de su Cuerpo (62).

No se puede olvidar que si la Eucaristía fue instituida por los hombres, necesariamente lo fue para pecadores. "Remedio de inmortalidad y antídoto para no morir" la llama San Ignacio de Antioquía (63); en ella encuentra alivio el débil y el enfermo; instituida para el perdón de los pecados, posee una virtud que contrarresta el efecto de éstos. A este propósito no podemos menos de recordar las palabras tan persuasivas con que un gran pastor encarecía a sus fieles la participación en la Eucaristía: "No digáis que no sois dignos. Es cierto, no sois dignos, pero tenéis necesidad de ella. Si Nuestro Señor hubiese pensado en nuestra dignidad, jamás habría instituido su sacramento de amor, porque no hay nadie digno de él... pero pensó en nuestras necesidades, y todos estamos necesitados. No digáis que sois pecadores, que tenéis muchas miserias y que por eso no os atrevéis a acercaros. Yo quisiera oírlos también decir que estáis muy enfermos y que por eso no queréis probar ningún remedio" (64).

### **La Eucaristía en la Iglesia local**

La celebración de la Eucaristía es el acontecimiento que con más intensidad actualiza a la Iglesia. Ahora bien, el sacrificio eucarístico es un acontecimiento que está necesariamente localizado en un sitio. Prueba es ésta muy clara de cómo existe ese misterio de unidad y de comunión que es la Iglesia: la comunión universal, la Iglesia católica, no existe en sí, como una idea abstracta, sino que se realiza en cada comunidad local. Con toda razón la Iglesia universal tiene el mismo nombre de las Iglesias locales. Ella es "una misma en todas y toda en cada una" (65).

Cuando una comunidad cristiana celebra la Eucaristía, entra en comunión con la Iglesia extendida por todo el universo; no solo con la de hoy, sino también con la de ayer y con la de mañana, con la que alboreó en el justo Abel y con la que acogerá al último elegido (66). La Oración Común o de los Fieles expresa admirablemente la anchura de horizontes abiertos al cristiano que acude aún a la más humilde de las asambleas eucarísticas. Se le invita a orar por las necesidades inmediatas de la comunidad, pero también por todo lo que interesa al bien de la Iglesia univer-

sal. Más aún, esa oración debe incluir al mundo entero, que la Iglesia desea abrazar cuando extiende las manos suplicantes. "Orad aun por los enemigos de la cruz, para que vuestro fruto sea a todos visible" (67).

Cita y encuentro con Dios y con la humanidad, la asamblea local no hace presente el misterio del Cristo total de manera puramente invisible. Tiene que traducirlo al exterior, si quiere ser "para todos y cada uno sacramento visible de la unidad salvífica" (68). En cada comunidad está comprometida la Iglesia entera, y si los de fuera no tienen para juzgar la obra de Cristo otro punto de referencia que la Iglesia por ellos conocida, los de dentro no pueden tener otra estima y otro amor a la Iglesia que los que manifiestan a su prójimo inmediato.

La asistencia de los fieles a la Eucaristía, ante todo a la del Día del Señor, no es un simple deber de piedad personal, sino un compromiso social con la Iglesia a que se afiliaron por el bautismo. Dejar de asistir a la Misa es afrentar a los hermanos en la fe; es, como se expresaba la cristiandad naciente, desgarrar el Cuerpo de Cristo (69).

La labor de los pastores es establecer y mantener viva la comunidad. Ellos están al servicio de ésta, antes que al de intereses individuales por piadosos que sean. Deber suyo será hacer de su comunidad una revelación de la auténtica y verdadera Iglesia, y de la Eucaristía una bandera que congrege en la unidad a todos los hijos de Dios (70). Cristo derribó los muros de la discriminación (71), y por ello en la Iglesia no debe haber castas ni existir diferencias entre libres y esclavos, entre blancos y negros, entre ricos y pobres (72). Pero no hay cómo llegar allí si en la base, que es la celebración eucarística (73), no desaparecen las desigualdades y no se lleva a efecto la amorosa fusión de personas y de clases sociales (74).

El Congreso Eucarístico Internacional avivará la conciencia de la igualdad que debe reinar entre los cristianos. La hospitalidad para con el peregrino nos permitirá captar las dimensiones de la catolicidad y sentir que todos somos miembros de un mismo Cuerpo. Pero vana sería la experiencia, si olvidáramos que hay miembros más cercanos a nosotros a quienes nunca dejamos de tratar como extraños.

(1) Const. Lumen Gentium, 7.

(2) Cfr. Tomás de Aquino, Summa Theol., III, 80, 4.

(3) Is. 11, 12. Cfr. Const. Sacrosanctum Concilium, 2; Decr. Unitatis Redintegratio, 2.

(4) Conc. de Trento, Decr. de ss. Eucharistia, proem.; DS. 1635.

(5) Ibid., c. 2; DS. 1638; Cfr. Const. Lumen Gentium, 3; Decr. Unitatis Redintegratio, 2.

(6) Ef. 2, 19.

(7) Jn. 13, 18.

(8) Mc. 2, 15-17; Lc. 7, 36-50; 15, 1-2.

- (9) Ex. 33, 11; Jn. 15, 15.
- (10) Jn. 10, 16; 11, 52.
- (11) Agustín. Sermo 227; P. L. 38, 1101.
- (12) Cfr. H. de Lubac, *Catholicisme*, París 1952, p. 67.
- (13) 1 Cor. 10, 17; Cfr. Jn. 6, 32-55.
- (14) Sermo 227; P. L. 38, 1100. "Unus enim panis sacramentum est unitatis". Id., Epist. 185, 11, 50; P. L. 33, 815.
- (15) C. 4; P. G. 5, 700.
- (16) Cfr. Pablo VI, Enc. *Populorum Progressio*, 27.
- (17) *Didaje*, 9, 1.
- (18) Rom. 12,5.
- (19) 1 Cor. 12, 27.
- (20) Hech. 4, 32.
- (21) Prefacio de la Ascensión.
- (22) 1 Cor. 10, 16.
- (23) Juan Crisóstomo, In Ep. I ad Cor. Hom. 24, 2; P. G. 61, 200.
- (24) I Cir. 10, 20-21.
- (25) Tropus Ave Verum.
- (26) Juan Crisóstomo, In Joan. Hom. 85; P. G. 59, 463.
- (27) Jn. 6, 56.
- (28) Jn. 15, 1.5.
- (29) Jn. 15, 4.
- (30) Jn. 10, 30. 38; 14, 10. 11. 20; 17, 21.
- (31) Jn. 1, 12.
- (32) Cfr. Nicolás Cabasilas, *De vita in Christo*, 1. 4; P. G. 150, 597-604.
- (33) Decr. Unitatis Redintegratio, 15. Cfr. 2 Pe. 1, 4.
- (34) Gál. 4, 19; Ef. 4, 13.
- (35) Bossuet, Sermon sur la nécessité des souffrances, cit. por H. de Lubac, *Catholicisme*, París 1952, p. 73.
- (36) Alger de Lieja. *De sacramentis corporis sanguinis dominici*, 1. 3. c. 12; P. L. 180-847.
- (37) H. de Lubac, *Corpus mysticum*, París 1949.
- (38) "Unitas corporis mystici est fructus corporis veri percepti". Tomás de Aquino, *Summa Theol.*, III, 82, 9 ad 2.
- (39) Nicolás Cabasilas, *Sanctae Liturgiae Interpretatio*, c. 38; P. G. 150, 452. Cfr. *Const. Lumen Gentium*, 26.
- (40) Alger de Lieja, *Ibid.* Cfr. M. de la Taille, *Mysterium Fidei*, París 1931, pp. 406-408.
- (41) Ruperto de Deutz, *De divinis officiis*, 1. 2, c. 11.
- (42) *Const. Lumen Gentium*, 46.
- (43) Decr. Unitatis Redintegratio, 7.
- (44) 1 Jn. 3, 16-17.
- (45) *De civitate Dei*, 1. 10, c. 6; P. L. 41, 282-283.
- (46) Agustín, *De Trinitate*, 4, 14, 19; P. L. 42,901.
- (47) Ef. 2, 14-18.
- (48) Cfr. Jn. 15, 13.
- (49) Hebr. 12, 24.
- (50) "Sacrificio y Sacramento pertenecen al mismo misterio y no se pueden separar el uno del otro. El Señor se inmola de manera incruenta en el sacrificio de la Misa, que representa el Sacrificio de la Cruz y nos aplica su virtud salvadora,



cuando por las palabras de la consagración comienza a estar sacramentalmente presente, como alimento espiritual de los fieles, bajo las especies de pan y vino". Pablo VI, Enc. *Mysterium Fidei*. Cfr. Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 5.

- (51) Ireneo, *Adv. haer.*, 4, 17, 5; 18, 1; P. G. 1023-1024.
- (52) Rom. 8, 19-23, *Const. Gaudium et Spes*, 38-39.
- (53) Sal. 67-7.
- (54) Tomás de Aquino, *Summa Theol.*, III, 63, 65,3; 73, 3.
- (55) Jn. 6, 57.
- (56) Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 5.
- (57) *Const. Sacrosanctum Concilium*, 10.
- (58) 1 Cor. 11, 26.
- (59) *Const. Lumen Gentium*, 8.
- (60) Agustín, *Serm Denis*, 3, 3; P. L. 46, 827.
- (61) Decr. *Apostolicam Actuositatem* 3; *Const. Lumen Gentium*, 33, Cfr. 42.
- (62) *Const. Lumen Gentium*, 34.
- (63) *Epist. ad Eph.*, 20; P. G. 5, 661. Cfr. Concilio de Trento. Decr. de ss. *Eucharistia*, DS. 1636.
- (64) San J. B. María Vianney.
- (65) Pedro Damián, *Super Dominus Vobiscum*, c. 5; P. L. 145, 235; Cfr. *Const. Lumen Gentium*, 26.
- (66) Cfr. *Const. Lumen Gentium*, 2 y 50.
- (67) Policarno, *Epist. ad Philip.* 12; P. G. 5, 1015-1016; Cfr. *Const. Sacrosanctum Concilium*, 53.
- (68) *Const. Lumen Gentium*, 9.
- (69) *Didascalia II*, 59, 1-3, cit. en el Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 6, nota 31.
- (70) *Const. Sacrosanctum Concilium*, 2.
- (71) *Ef. 2*, 14-16.
- (72) Cfr. *Gál. 3*, 28.
- (73) Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 6: "No se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la sagrada Eucaristía, por la que debe consiguientemente comenzarse toda educación en el espíritu de comunidad. Esta celebración para ser sincera y plena debe conducir tanto a las obras de caridad y a la mutua ayuda como a la acción misional y a las varias formas de testimonio cristiano".
- (74) 1 Cor. 11, 17-34; *Const. Sacrosanctum Concilium*, 32 y 42; *Instr. Eucharisticum Mysterium*, 16, 18 y 26.

## V. EUCARISTIA Y PLENITUD DEL HUMANISMO

### Compromisos de la Iglesia de hoy

La consideración teológica de una Iglesia, comunidad humana y espiritual, reunida en torno de Cristo-Eucaristía, vínculo de unión, impone frente a la realidad religiosa y social de América Latina compromisos ineludibles que la Iglesia toda tiene que aceptar y cumplir para ser fiel a su doctrina y auténtica en su misión.

El desarrollo, aspiración fundamental de todo hombre y de todos los pueblos, es la síntesis de todos los deberes (1) y hoy día representa, particularmente para los países que se esfuerzan por superar su situación de subdesarrollo, la exigencia principal y el punto a donde deben converger todos los afanes.

La caridad es comunión con las personas situadas concretamente en circunstancias especiales y en un apremiante momento histórico, para buscar su bien total, es decir, su realización. El vínculo de amor que crea la Eucaristía debe hacerse patente en la situación concreta y actual de América Latina, para responder solidariamente a las angustias y esperanzas de sus pueblos.

La Iglesia, pueblo de Dios que celebra con verdad la Eucaristía, está llamada a ser la señal o instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano (2). Esto exige de ella, asumir conscientemente y hasta sus últimas consecuencias tanto en su propio seno como en su presencia en el mundo, las reales implicaciones de la comunidad eucarística.

De nada serviría proclamar el **Vínculo de Amor** si los miembros de la Iglesia no son conscientes de lo que esto entraña. No se puede vivir esta consigna de caridad sino en una Iglesia que refleje el misterio de unidad del que es depositaria, procurando la construcción de una comunidad en la que se aprecie la persona y se reconozcan y respeten sus valores; en la que, dentro de la diversidad de ministerios y funciones, integrados en unidad por el servicio jerárquico, se manifieste un cabal ejercicio de responsabilidad. Las relaciones entre los miembros del Pueblo de Dios exigen necesariamente el diálogo en todos los niveles y direcciones. Difícilmente la Iglesia entrará en relación sincera con el mundo, si sus miembros no están identificados en la comunión vital de sentimientos y convicciones que constituye el diálogo.

## **Iglesia solidaria**

La sacramentalidad de la Iglesia como instrumento de unidad le pide una presencia encarnada en la realidad, como Dios se encarnó en la realidad humana. Presencia que se hará visible y fácilmente captable para un mundo que la necesita, principalmente por su solidaridad manifestada en su modo de actuar y por su eficaz voluntad de servicio.

La Iglesia, íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia, "avanza juntamente con toda la humanidad y experimenta con el mundo una común suerte terrena" (3); siente en su corazón el eco de todo lo que es auténticamente humano, lo estimula y lo promueve, está de tal modo compenetrada con el mundo, criatura de Dios, que los intereses de éste no pueden serle indiferentes y que los suyos propios son cristalización y plenitud de los del mundo.

Para el pueblo de Dios puede ser una tentación el sentirse satisfecho con el simple diagnóstico del mal social contenido en doctos documentos sociológicos, morales o religiosos, y con el sentimiento superficialmente compasivo de quien mira los problemas desde fuera. Pero no se trata de presenciar los problemas, es menester vivirlos, sufrirlos y compartir los esfuerzos para solucionarlos. La única compasión real que es principio de liberación en el amor es la de Cristo, que entró en nuestra concreta existencia haciendo suyos todos los dolores y expectativas de la humanidad que lo esperaba. También la Iglesia tiene su morada entre los hombres y debe compartir con todos su destino sin acepción de personas ni frontera alguna.

Si en esta solidaridad cabe hablar de alguna predilección, sería para con aquellos que sufren condiciones más duras de existencia.

## **Iglesia servidora**

Solidaridad que es compromiso con el mundo y tiene su expresión más auténtica en la actuación de una Iglesia que se ha definido a sí misma como servidora de la humanidad y que, por lo mismo, no ambiciona otro poder que el que la capacita para servir y amar, consciente siempre de que su obra, continuación de la de Cristo, es de salvación, no de condenación (4).

Una posición egoísta, que dé la sensación de poder y paternalismo, no puede ser un verdadero servicio de la Iglesia a una humanidad necesitada de ser más; una actitud de calculado interés, social, económico y aún proselitista, es negación de la generosidad que debe llevar todo servi-

cio como condición indispensable. El respeto por el valor y la libertad de los demás es prenda de sinceridad y honestidad.

No hay duda de que esa actitud desinteresada implica una renuncia a muchas formas de vida, a actitudes cómodas, incluso a ciertos derechos adquiridos, para aceptar los valores de otros, los aciertos ajenos y las maneras de pensar de quienes quizás no estén totalmente de acuerdo con las nuestras.

Para prestar este servicio en forma más adecuada, se requiere respetar en toda persona su dignidad y libertad, tratar de suprimir no solo los efectos sino ante todo las causas de los males, y procurar que el servicio no cree dependencias, sino que libere, ayudando a que la persona pueda bastarse por sí misma (5). El amor que se refleja en la desinteresada donación de sí mismo, es la razón y la forma de servicio que la Iglesia debe prestar al mundo.

Quizás nunca ha estado el mundo tan necesitado de un testimonio de pobreza como hoy, cuando el progreso técnico, positivo y benéfico en sí, puede volverse contra el hombre. De hecho, la tentación de poseer cosas se acrecienta por la multiplicación de posibilidades que ofrece la civilización técnica, la cual, al mismo tiempo que trata de satisfacer necesidades reales del hombre, crea artificialmente otras que le son accesorias y esclavizantes. Estamos en presencia de una doble alienación: la de aquellos que no poseen ni siquiera el mínimo indispensable para su subsistencia y la de quienes, poseyéndolo todo, no se dan cuenta de su miseria espiritual por no abrirse a la comunicación de su ser y de sus bienes, única que podría libertarlos y dignificarlos de verdad. Quien cree poder vivir en el mundo de las cosas y renuncia prácticamente a vivir en el mundo de las personas, corta la posibilidad de su mayor riqueza. La apertura por la cual el hombre sale de sí para entregarse a los demás, es lo que da su auténtico sentido a la existencia humana. El egoísta, el que se cierra sobre sí mismo, se está negando toda posibilidad de existir como hombre. Por lo mismo, no descubre que la alegría del vivir está más en el dar que en el recibir.

No es extraño que en un mundo en el que prevalecen egoísmos individuales o de grupos, la angustia y la tristeza sean el doloroso tributo que el hombre paga a su alienación en el poseer. ¿No será esto un síntoma de la humanidad enferma que, aún sin saberlo, clama por una liberación que solo del mensaje evangélico de la pobreza podrá obtener? La encíclica *Populorum Progressio*, al proclamar la solidaridad universal, fuera de la cual no puede lograrse ni el desarrollo del hombre ni el de los pueblos, subraya la necesidad de comprender y hacer efectivo el valor liber-

tador de la pobreza que no despoja al hombre de sus bienes ni lo invita a despreciarlos, sino que los orienta y los sitúa para que en la esfera de la utilidad común estén al servicio del hombre y no el hombre al servicio de ellos. San Pablo marca esta línea dándonos una norma magistral: "Todas las cosas son vuestras, pero vosotros de Cristo y Cristo de Dios" (6).

Lo anterior pone de presente que la Iglesia, para cumplir su misión solidaria de servicio al mundo, necesita ser, como lo manifestó el Concilio, Iglesia de los pobres. Iglesia renovada en el mensaje evangélico de la pobreza para que ella misma, liberada de actitudes de ambición, de dominio, de poder, esté disponible para el servicio que le corresponde. Así continuará la obra de Cristo, que siendo rico, se hizo pobre para que todos fuéramos ricos en El. Por la pobreza, la Iglesia pone a toda la humanidad en tensión y expectativa para ir preparando desde ahora la plena liberación en el amor que se consumará al final de los tiempos.

### **Iglesia en compromiso**

Todo esto ha de resumirse en el testimonio de una Iglesia comprometida, Iglesia que suscite una valerosa posición, como exigencia del amor, y se haga responsable de su compromiso en el actual momento histórico de América Latina. Esto, ciertamente, conlleva riesgos, crea problemas y no pocas veces incomprendiones. Así sucedió con la posición definida de Cristo, manso y humilde, pero incommoviblemente fiel a su misión. No hay aventura más problemática que la que plantea un amor que asume y echa sobre sí los problemas de los otros. Esto supone, en verdad, una actitud prudente, pero no puede confundirse ni con el conformismo, ni con la pasividad de quien relega al paso del tiempo la solución de los problemas. Sería la prudencia terrena de quien trata de servir a dos señores. La prudencia verdadera es dinámica y muchas veces pide la audacia que Pablo VI reclama en los momentos actuales.

Este compromiso corresponde a la totalidad de la Iglesia, jerarquía y laicado, aunque no sea en la misma forma y el ejercicio de unas mismas funciones. Con frecuencia se corre el peligro de dividir indebidamente, la responsabilidad que la Iglesia tiene ante el mundo, de tal manera que se demarcan esferas independientes, sin sentirse corresponsables en una acción conjunta. Es verdad que en el campo del compromiso temporal hay funciones específicas que corresponden a determinados miembros, pero descargarse totalmente en otros de las responsabilidades comunes, como si en ellas nada tuviéramos que ver, representaría una forma de renunciar al compromiso eclesial. Podría pensarse en una especie de fuga, aunque con apariencia sutil de fidelidad.

No podemos olvidar que todos los miembros del Pueblo de Dios son, a la vez, parte integrante y activa de la sociedad temporal. Por tanto, las exigencias justas que el bien común pide a todo ciudadano inciden con más acentuada obligatoriedad en el cristianismo, porque a la luz de la fe éste la proyección ultraterrena que el cumplimiento de los deberes sociales tiene para la construcción de un mundo según el plan de Dios. No es, pues, admisible el criterio de buscar habilidosas maneras de eximirse de aquello que, en último término, es una exigencia del amor cristiano. Y menos aún en los tiempos actuales, cuando el hombre está más sensibilizado a una bien entendida igualdad de derechos y de deberes que exige generosidad y sacrificio.

### **Humanismo integral**

El compromiso se especifica principalmente por la promoción de todo el hombre y de todos los hombres, es decir, por el desarrollo integral, signo de los tiempos y nuevo nombre de la paz (7).

Es menester que el desarrollo tenga como base una visión global y penetrante del hombre, de lo que él es como unidad indestructible, de su cometido en la historia que construye, del sentido de su existencia en el mundo.

Este es el humanismo integral, alma del desarrollo. No se ha de entender por humanismo una pura concepción filosófica, estática, que quede solo en la esfera de lo conceptual y produzca definiciones, teorías e ideologías sobre el hombre: hay que mirarlo y comprenderlo en la línea dinámica de su permanente y progresiva evolución del "paso de condiciones menos humanas a más humanas" (8). El hombre es vocación, no está totalmente terminado. En la encíclica *Populorum Progressio* se inculca que, para ser verdaderamente hombre, uno ha de ser dueño de sus acciones y artífice de su propio destino, por una constante superación de sí mismo en condiciones para llegar a ser más. "El hombre supera infinitamente al hombre" (9).

Este humanismo reclama de suyo una actitud de apertura, que no es otra cosa que asumir los valores superiores del amor (10). El humanismo cerrado, es decir impenetrable al diálogo y a la comunicación con los otros, a los calores del espíritu y especialmente a Dios, fuente de ellos, no llevará al hombre a la plenitud de su ser, aunque aparentemente pudiera obtener éxitos parciales (11).

Pueden existir formas de religiosidad desorientadas que a partir de una concepción deformada de Dios que origina relaciones falsas con El,

representen un obstáculo para la ascensión del hombre. Son, en general, modalidades religiosas de las cuales el amor está ausente por no existir relación personal del hombre con Dios.

Todo lo contrario sucede en el ámbito de la verdadera fe, en la que el hombre encuentra en su relación con Dios el amor que lo personaliza. Cuando viene el encuentro del hombre no quiere destruir sus posibilidades, encadenar su libertad, sino dignificarlo en toda la dimensión de su ser. Esto muestra cómo, en el proceso de la liberación que es el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas, la aceptación de Dios es la corriente vital que impulsa al hombre en su promoción y da sentido pleno al desarrollo (12). El hombre tiene indigencias causadas por el egoísmo de otros, pero tiene también vacíos que le son naturales, propios de su finitud. Estos no podrían ser colmados jamás por la comunidad, así sea la más perfecta. Es esa una ilusión de algunos humanismos que a la postre no lograrán sino mutilar al hombre. Esos vacíos solo puede llenarlos el amor de Dios.

### **Eucaristía y unidad**

Dios se manifestó y reveló su plan de salvación en Cristo. En El, principalmente por el misterio de su Pascua, paso de la esclavitud a la libertad, la humanidad llega a su meta y todo hombre encuentra la fuerza necesaria para responder plenamente a su propia vocación. "Por su inserción en el Cristo vivo el hombre tiene el camino abierto hacia un progreso nuevo, hacia un humanismo trascendental, que le da su mayor plenitud; tal es la finalidad suprema del desarrollo personal" (13). Si el hombre encuentra a Cristo en cada celebración sacramental, que es participación de su Pascua, lo halla en forma eminente en la celebración de la Eucaristía. **Actualización de todo el Misterio Pascual que dio libertad a los hombres, la Eucaristía, a la vez que reafirma la Alianza con Dios, construye la unidad de los hombres entre sí, es decir, la comunidad de Cristo. Allí los hombres perciben más profundamente el sentido de su propia vocación, se duelen más íntimamente de sus grandes divisiones y se comprometen con mayor decisión a construir el mundo según el querer de Dios. De Eucaristía en Eucaristía, si su celebración es sincera y cabal, se va fortaleciendo el espíritu de comunidad al descubrirse los hombres como hermanos. Consecuentemente allí donde la unidad a que Dios invita al hombre no esté realizándose, estaríamos en presencia de una crisis de amor que testimoniaría a su vez una profunda crisis de fe.**

La Iglesia, que perpetúa la presencia de Cristo en el mundo, está llamada a ser el signo de unidad. Pero se enfrenta ante un hecho que hoy

día la preocupa hondamente: el fenómeno del ateísmo, que adquiere hoy enormes proporciones y que se presenta como exigencia del progreso científico y de cierto nuevo humanismo (14). En la "génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, por el descuido en educar su fe o por una exposición engañosa de la doctrina, o también por los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión" (15). Aun entre algunos cristianos hay actitudes, particularmente en el campo social, que constituyen antisignos, que en lugar de acercar la humanidad a Dios, la alejan. A esto responden determinados comportamientos que implican un abandono de las responsabilidades temporales, con lo cual se daría la impresión de que el cristiano debe vivir ausente de la realidad de este mundo por la esperanza del venidero. Ruptura que "debe ser contada como uno de los más graves errores de nuestro tiempo... No hay que crear oposiciones artificiales entre las ocupaciones profesionales y sociales de una parte, y la vida religiosa, de otra. El cristiano que descuida sus obligaciones temporales falta a sus obligaciones con el prójimo y con Dios mismo y pone en peligro su salvación eterna" (16).

### **Eucaristía y justicia**

Estas observaciones tienen particular significación con respecto a América Latina. El Papa, hablando al CELAM, fue explícito al afirmar que la Iglesia debe hacerse abogada de la justicia que tanto necesita el mundo. "Y de la justicia, el aspecto social es el que más afecta e interesa al mundo en general y al latinoamericano en especial, donde los contrastes son intensos y profundos" (17).

Para que la Iglesia sea de hecho en América Latina el instrumento de promoción en el amor, debe asumir sus responsabilidades para la consecución de un sano orden de justicia social para todos; debe conocer el hecho social, debe suscitar la formación de una conciencia social cristiana, para lo cual no es suficiente recordar la doctrina social de la Iglesia y enseñarla en abstracto, sino que es preciso favorecer su aplicación en las situaciones reales a medida que se presenten, y traducirlas en normas concretas de acción, delimitando oportunamente los campos de responsabilidad de la jerarquía y de los laicos; debe, por último, dar ejemplo con el cumplimiento de sus deberes sociales y con el testimonio de su pobreza (18).

Estas normas han comenzado ya a traducirse y concretarse, tanto en los programas de acción del Episcopado Latinoamericano (19), como en las declaraciones y proyectos específicos de Conferencias Episcopales na-



cionales. Es menester, sin embargo, que en forma rápida y estructurada todos los cristianos comprendan la importancia de estas directivas y se comprometan a llevarlas a cabo eficazmente, para dar así una respuesta concreta y adaptada a las angustias y esperanzas de nuestro continente. La presencia activa de la Iglesia en Latinoamérica exige su colaboración en el indispensable cambio de estructuras, tanto mentales como socioeconómicas, sin lo cual el progreso que se espera sería una frustración.

Todo lo indicado implica, en primer lugar, la colaboración insustituible y generosa de pensadores del humanismo nuevo, que con un conocimiento científico de las circunstancias en que se debate el hombre latinoamericano, con una sólida reflexión acerca de lo que es y debe ser, vayan señalando los rumbos seguros hacia los que se debe tender. La aportación de los técnicos es fundamental siempre y cuando sus planes estén iluminados e inspirados por una visión integral del hombre (20).

En general, implica para todo católico la adhesión al apremiante llamamiento que Pablo VI hace al final de su encíclica *Populorum Progressio*: "Conjuramos en primer lugar a todos nuestros hijos. En los países en vía de desarrollo no menos que en otros, los seglares deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal. Si el papel de la Jerarquía es el de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que hay que seguir en este terreno, a los seglares les corresponde, con su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven. Los cambios son necesarios, las reformas profundas, indispensables: deben emplearse resueltamente en infundirles el espíritu evangélico" (21).

Es conveniente también subrayar algunos aspectos de particular importancia que merecen, por lo mismo, una especial atención de los cristianos.

### **Actitud ante el cambio**

El cambio social es, a más de una necesidad sentida, un proceso irreversible. La conciencia que se ha despertado en el pueblo latinoamericano de su miseria no merecida no va a consentir frenos ni retardos en el proceso de su liberación: el cambio en sí mismo entra en el plan de Dios por ser un legítimo anhelo de superación en la justicia, una exigencia del verdadero amor. La Iglesia, que debe auscultar los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del evangelio, ha de orientar y exigir en conciencia a todos los cristianos su decidida colaboración.

Es tan grande el afán por lograr este cambio que con frecuencia origina planteamientos radicales, algunos de los cuales no están exentos de cierta ambigüedad. La palabra "revolución" se ha constituido en bandera de lucha. Si es verdad que la interpretación que suele hacerse de ella presenta aspectos que no son aceptables por su connotación violenta y agresiva, esto no justifica un rechazo sistemático, enconado y sin discriminación, de lo que entraña de justo el anhelo de un cambio profundo. Una postura beligerante y violenta es tan censurable como la posición puramente defensiva de una situación que por deshumanizar al hombre, es otra forma de violencia.

Es cierto que la revolución violenta no es en sí misma una solución aceptable porque "engendra nuevas injusticias, produce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas" (22). Más aún, en el caso específico de nuestro continente, dado el estado de desintegración que a nivel nacional y continental viven sus pueblos, la revolución violenta no produciría los efectos que propugna. Por el contrario, agravaría la situación porque no sería capitalizada por los propios países en orden a su desarrollo, sino que los haría caer en la órbita de dependencias económicas, políticas e ideológicas de intereses foráneos. Esto, sin embargo, no debe servir para que se eche en olvido que si no se dan, con la urgencia debida, cauces reales, concretos y eficaces, a los anhelos de justa promoción, se puede estar fomentando "la grande tentación de rechazar con la violencia las grandes injurias contra la dignidad humana" (23).

### **Superación de los dualismos**

Si los dualismos analizados al comienzo son obstáculos para lograr el desarrollo, el amor que libera y unifica está llamado a orientar, estimular y vivificar los proyectos de integración que constituyen un ideal para América Latina.

Para llevar a cabo este cometido es imposible proceder por saltos. Falta tanto una mentalidad y una conciencia sobre la urgente necesidad de esta integración, como una marcha gradual que no trate de cubrir aceleradamente etapas superiores descuidando el llevar adelante programas situados en planos inferiores. Por esto hay que afianzar la integración a nivel nacional, sin caer en censurables nacionalismos, base indispensable para que la integración en niveles superiores sea suficientemente consistente. Y es menester crear la adecuada mentalidad para que exista la colaboración de toda la sociedad a fin de que los programas de integración no se reduzcan a contactos y realizaciones impuestas desde lo alto del poder, sino que tengan resonancia y acogida en todas las esferas sociales.

Un punto de tanta trascendencia como éste ha de interesar y comprometer a toda la Iglesia. Por una parte, por medio de un laicado consciente y responsable, la Iglesia debe asumir las tareas de una colaboración eficaz en dichos programas. Por otra, para que el espíritu cristiano inspire el proceso hacia la gran comunidad latinoamericana la Iglesia debe pensar de nuevo, planear y organizar su acción, a nivel diocesano, nacional y continental, en un espíritu de pastoral de conjunto. La acción pastoral es el reflejo de la vida de todo el Pueblo de Dios que se unifica por el ministerio del Obispo. Y la colegialidad episcopal dará el sentido de universalidad en la unidad.

### **Justa distribución de bienes**

Es claro que la inadecuada distribución de los bienes genera situaciones francamente angustiosas. La retención egoísta de éstos, a la vez que ahonda los abismos de la separación, las carencias y las tensiones, refleja actitudes individualistas que obstaculizan el desarrollo.

Con base en una aceptación sincera, en conciencia, de la auténtica enseñanza sobre la propiedad privada sin fáciles recortes e interpretaciones acomodaticias, hay que buscar y llevar a cabo las justas reformas de estructuras para que la propiedad cumpla su esencial función social y así los bienes estén de hecho al servicio de todos los hombres. Para alcanzar dicho objetivo se impone una justa y equitativa reforma agraria, urbana, tributaria, empresarial.

Hay que poner igualmente las bases para una acción continental y mundial que elimine los desequilibrios existentes entre países desarrollados y subdesarrollados. Se hace indispensable que las relaciones internacionales, purificadas de una concepción inhumana de la economía, consulten las exigencias de la justicia social (24) y respeten el alma de los pueblos para que éstos sean artífices de su propio destino (25).

Los pueblos del tercer mundo no pueden entender cómo los gobiernos de países poderosos invierten ingentes sumas de dinero en armamentos que crean una sicosis de guerra y preparan conflictos de consecuencias imprevisibles. En cambio tienen derecho a esperar que estos recursos económicos se encaminen hacia la construcción del mundo y no hacia su temida destrucción. Es más de lamentar que lo anterior esté sucediendo en los mismos países latinoamericanos que se debaten en el subdesarrollo y casi increíble dada la contradicción e irresponsabilidad que ello entraña. Se habla de integración, pero con esta conducta se sientan las bases, si no ya de una lucha armada, al menos de permanentes recelos y antagonismos.

Es apenas obvio que los países cristianos que ostentan mayores posibilidades económicas tengan, por razón de su fe, una responsabilidad impostergerable y más definida.

Es peligroso, sin embargo, que América Latina adopte una mentalidad y una conducta que espera todo de la ayuda externa y convertida en un continente mendigo no quiera hacer el esfuerzo por superarse a sí misma. Más aún, toda ayuda que le venga de fuera sería ineficaz, si no halla terreno propicio y abonado para el aprovechamiento de sus propios recursos materiales y humanos, por la realización de todas las reformas estructurales necesarias, por el cambio profundo de mentalidad y por la conciencia de su propio valer y destino.

Finalmente, la presión de la angustia por solucionar estos problemas no debe conducir a improvisaciones, a reformas bruscas, inconsultas y ajenas a las exigencias de la ciencia y de la técnica, porque se frustraría la finalidad que se busca y podrían engendrarse miserias sociales que representarían un deplorable retroceso (26).

El Congreso Eucarístico Internacional será una providencial ocasión para que todos entendamos la dimensión social de la Eucaristía y aceptemos, movidos por el amor, los compromisos que de ella dimanarán.

Todas las tareas del Congreso han tenido este objetivo fundamental: captar y aceptar plenamente las implicaciones de nuestra vocación cristiana, madurar en nuestra fe, conscientes de que el verdadero cristiano es aquel que, como Cristo, se convierte en el liberador de su hermano. La comunidad eucarística, centro de la vida de la Iglesia, es el principio de la plena promoción del hombre y la mejor manifestación de la gran familia de Cristo.

**Construir un mundo en la justicia y el amor, al servicio del hombre nuevo latinoamericano, requiere de cada pueblo y cada individuo la aceptación de una cuota proporcional de sacrificio, como postulado de una justicia que nace del verdadero amor.**

El fruto de la Eucaristía es una comunidad que se une por el amor y responde a la tarea de construir el hombre nuevo según la imagen de Cristo, camino, verdad y vida, que nos lleva al Padre en la unidad del Espíritu.

- (1) **Enc. Populorum Progressio, 16.**
- (2) Const. Lumen Gentium, 1.
- (3) Const. Gaudium et Spes, 40.
- (4) Ibid. Cfr. Gaudium et Spes, 13.
- (5) Cfr. Decr. Apostolicam actuositatem, 8.
- (6) **1 Cor. 3, 22-23.**
- (7) Cfr. Enc. Populorum Progressio, 13.
- (8) Cfr. Ibid., 20, 21.
- (9) **Cfr. Ibid., 15, 16, 42.**
- (10) Cfr. Ibid., 20.
- (11) Cfr. Ibid., 42.
- (12) Cfr. Ibid., 21.
- (13) Ibid., 16.
- (14) Cfr. Const. Gaudium et Spes, 7.
- (15) Ibid., 19.
- (16) Ibid., 43
- (17) **Pablo VI, discurso al CELAM, 24 Nov. 1965.**
- (18) PabloVI, Ibid., 24 de Nov. 1965.
- (19) Cfr. Documento del CELAM, Mar del Plata, Oct. 1966.
- (20) Cfr. Enc. Populorum Progressio 20, Documento del CELAM. Mar del Plata. Oct. 1966.
- (21) Enc. Populorum Progressio, 81.
- (22) Ibid., 31.
- (23) Ibid., 30.
- (24) Ibid., 58,59.
- (25) Ibid., 64, 65.
- (26) Cfr. Ibid., 29.